

HP 144

Keith Luger

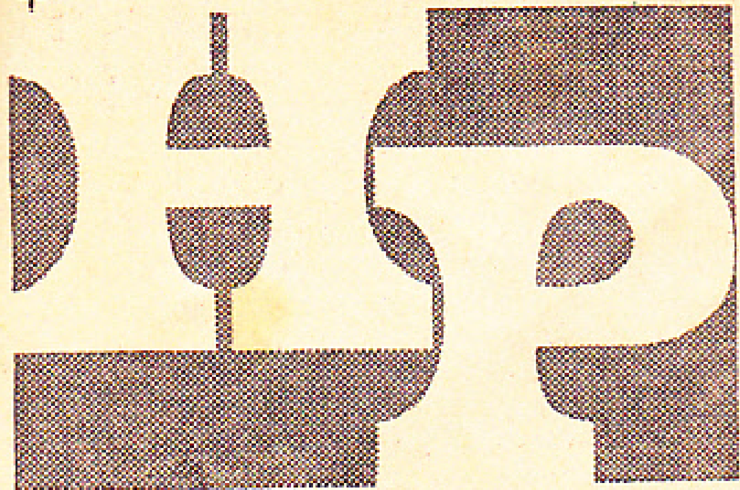
TRES CARAS TIENE LA MUERTE

Keith Luger

SSM

TRES CARAS TIENE LA MUERTE







Héroes de la PRADERA

KEITH LUGER

TRES CARAS TIENE LA MUERTE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 144 Publicación semanal Aparece los JUEVES
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 35.112 – 1972
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª *edición: Octubre,1912*

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1972

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283. — La historia de Bill *el Melenas*

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.130. — Mi muerte fue una fiesta

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967. — El Oeste en llamas

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza es mi oficio

En Colección KANSAS:

667. — Mala hierba nunca muere

En Colección BRAVO OESTE:

581. — Tres hombres van a morir

En Colección PUNTO ROJO:

517. — Felizmente envenenados

En Colección CALIFORNIA:

752. — La historia de Buby *el Llorón*

En Colección ASES DEL OESTE:

699. — La orden fue: ¡matar!

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

142. — Dos buzos en el Oeste

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82. — La chica del rifle de oro

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5. — *Asesino* Murray

CAPITULO PRIMERO

Los transeúntes se fueron arremolinando en torno al caballo que Hugh Queen traía de las riendas y en cuya silla se balanceaba, atravesado, el cadáver de un hombre.

La puerta de la comisaría se abrió de par en par y el *sheriff* Eric Chandler quedó inmóvil unos segundos en el hueco de la puerta, mientras llegaba la comitiva ante él.

Bajó los dos escalones que lo separaban de la calzada y sin quitar la vista de la carga del caballo, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, Hugh?

Queen enjugóse el sudor de la frente con la manga de la camisa y escupió un par de veces para limpiarse el polvo de la boca.

—Por lo que se ve, lo han cosido por arriba y por abajo, *sheriff*. Lo menos lleva diez plomos en el cuerpo.

Chandler se acercó al cadáver y lo movió para verle el rostro.

—¿Lo conoce alguien? —dijo.

Nadie despegó los labios. Algunos desviaron la mirada.

Hugh carraspeó:

—Lo encontré esta mañana junto al Despeñadero del Crótalo. Todavía estaba vivo, aunque parezca mentira.

—¿Le sacaste algo, Hugh?

Los ojos grises de Chandler brillaron un segundo.

—Apenas nada, *sheriff*. Habló algo acerca de un tipo de cara redonda y ojos de loco. Luego, se quedó con esa misma mueca que aún tiene en la cara.

El *sheriff* de Massville se tironeó pensativamente una de las guías del bigote entrecano.

—Bien, Hugh —dijo al fin—. Que se haga cargo Spencer. Lo enterraremos con el fondo del vecindario.

Hugh asintió en silencio y cedió las riendas a Spencer, el ayudante del *sheriff*.

El representante de la ley dio un par de instrucciones a su subordinado y agregó:

—Bien, Hugh. Luego déjate caer por aquí. He de hacerte algunas

preguntas.

—De acuerdo, *sheriff*.

Hugh echó a andar junto con los demás, en seguimiento de Spencer.

El *sheriff* Chandler los vio alejarse y sacudiendo la cabeza subió los dos escalones para entrar en la oficina.

El forastero que lo esperaba hallábase agarrado al marco de la puerta y temblaba de pies a cabeza, fija la mirada en la comitiva que se perdía por el fondo de la calle.

—¿Ha visto, *sheriff*? ¡Estoy perdido! ¡Atrapado como una rata!

Chandler hizo una mueca y se le quedó mirando.

—Vamos, cálmese.

—¡No puedo calmarme, *sheriff!* ¡Y menos ahora que he visto la primera víctima del tipo que me busca!

El *sheriff* lo hizo entrar en el despacho.

—¿Por qué no me lo cuenta todo por orden, señor…?

—White. Carter White.

Chandler cerró la puerta.

—Bien, White. ¿Cuándo le salió al paso ese individuo?

—Hace una semana empezó a seguirme. ¡Lo sentía a mis espaldas a toda hora!

Chandler esperó a que White acabara de restregarse las manos nerviosamente y preguntó:

—¿Dónde lo vio?

—¿Visto, *sheriff*? ¡Lo veo cuando menos me lo espero! ¡Hasta es posible que en estos momentos me esté espiando desde la calle!

—Aquí está seguro —gruñó Chandler—. ¿Qué aspecto tiene ese hombre?

White rió por primera vez, pero su risa fue una especie de mueca de amargura con un gorjeo nervioso de garganta.

—¡Infiernos, *sheriff*! Estoy por preguntarme si no será un fantasma. ¡Eso mismo, *sheriff!* ¡Un fantasma!

Chandler volvió a emitir un gruñido de disgusto.

—No podemos librar a nadie de fantasmas, White. Y menos si son fruto de su imaginación.

—¡No lo he soñado, *sheriff!* —exclamó—. ¡Y como prueba, ahí tiene una de sus víctimas!

—¿Cómo sabe que es el mismo individuo que el que mató a ese

desconocido?

White le enseñó los dientes con sarcasmo.

—Esperaba que llegara ahí, *sheriff*. Le dije antes que el tipo que buscaba mi piel era un sujeto de aspecto fúnebre y cara redonda. Pero hay algo más, *sheriff*.

—¡Condenación! Dígalo de una vez, forastero.

—¡Ese hombre que iba muerto en la silla y yo viajábamos en la misma diligencia! De eso hace diez días.

—¿Qué diligencia? —dijo Chandler, molesto por lo intrincado que se ponía el problema.

—La diligencia que asciende de Big Spring.

El representante de la ley se masajeó largo rato el mentón antes de comentar:

—De modo que ese hombre fue con usted a Big Spring.

—No, exactamente, *sheriff*. Subió a Presler y cubrió el trecho hasta Boy City. Era un viajero huraño que se durmió en seguida.

—Haré indagaciones sobre ese hombre cerca del *sheriff* de Presler. Bien, White. Y al poco tiempo de ese viaje empezó usted a verse acosado por el tipo de la cara redonda, ¿eh?

White se humedeció los labios y dijo, mientras se mordía la uña del dedo meñique:

—Veía a ese asesino en todas partes, *sheriff*. La primera vez que me topé con él me esperaba en una esquina con el revólver a punto. Menos mal que me di cuenta en seguida y le di a las piernas.

—Y a partir de entonces, no le dejó ni a sol ni a sombra, ¿es eso, White?

—Sí, *sheriff*. Desde aquel día, lo he visto cada vez más a menudo. Salí de Big Spring con él a los talones. Denuncié el caso al *sheriff* de allá, pero se me rió en las narices y me olió el aliento por si le había dado al whisky. Cuando llegué a Lubbock, el tipo ya me estaba esperando con la misma expresión de gato que espera a la rata. ¡Infiernos, *sheriff!* He dado muchos tumbos para escapar de ese tipo. En el Cañón Alegre me soltó un par de pildorazos y creo que no me tumbó porque no quiso.

—Continúe, White.

—Poco queda por decir, *sheriff* —White se retorció los dedos—. Hace un par de horas lo he visto en una de las esquinas de la plaza Mayor del pueblo vecino. El último sitio de la tierra en donde

esperaba verlo. Escapé de allí y aquí me tiene.

—¿Se ha metido usted en algún lío, White? —preguntó Chandler de pronto.

—No. Estoy en paz con todo el mundo. Si a eso se refiere. Por eso he llegado a la conclusión de que el tipo está loco y la ha tomado conmigo.

—Y con el viajero de la diligencia —dijo Chandler, pensativo.

—Estoy seguro de que ese fulano está escondido en algún rincón de este pueblo, dispuesto a pegarme un tiro.

—Massville es demasiado pequeño para que no me entere en seguida de la llegada de cualquier forastero —refunfuñó Chandler—. Puede tener la certeza de que ese asesino no ha llegado aquí.

—Dios le oíga, *sheriff* —farfulló White.

—¿Piensa pernoctar aquí, en este pueblo?

El interpelado se derrumbó en la silla.

—No tengo más remedio que hacer un alto en mi huida, *sheriff*. Llevo cuatro días a todo correr.

—Descanse. Tendré los ojos bien abiertos por si se presenta el tipo de la cara redonda y ojos de loco. Mi ayudante le seguirá a usted mientras se encuentre aquí.

Por el rostro de White pasó una expresión fugaz de alivio.

—¿Dónde puedo alojarme?

Chandler indicó con el pulgar:

—Ahí enfrente tiene un hotel que no está mal. Así lo tendré a usted bajo mi línea visual.

White dedicó una mirada inquieta a la calle a través de los cristales.

—Gracias, *sheriff*. Entretanto, ocúpese de averiguar si se ha escapado algún loco como un cencerro.

—No tiene que enseñarme mi obligación —gruñó Chandler.

White tartamudeó una despedida y salió del despacho.

Atravesó la calle a paso vivo, volviendo la cabeza hacia todos lados y entró en el vestíbulo del pequeño hotel Royal.

—Una habitación cómoda y tranquila —pidió al empleado de la recepción.

Este le preguntó el nombre y le dio una llave.

—El hotel está casi vacío —sonrió—. El cuarto es estupendo y está al final de la encrucijada de los pasillos. No tiene pérdida. Es el

número trece.

—Gracias —murmuró White, cejijunto, y subió las escaleras.

Llegó al piso superior y avanzó a lo largo del corredor.

Cuando llegó al final torció a la derecha después de titubear ligeramente y maldijo por lo bajo la escasez de luz.

Al hallar la puerta, abrió con la llave.

De pronto se dio cuenta de que la habitación estaba ocupada y cerró a toda prisa con un gesto de desconcierto.

Empero, dejó la puerta junta y ella se fue abriendo sola, poco a poco.

White se quedó paralizado de espanto al ver al ocupante del cuarto. Era el tipo de la cara redonda y ojos de loco. Este sonrió ampliamente, se apartó el cigarrillo de la boca y con la otra mano hizo rodar el revólver.

—Buenas tardes, señor White —saludó—. Le estaba esperando desde hace tiempo.

White fue a lanzar un grito, pero se quedó afónico de terror.

Intentó correr y sus piernas apenas se movieron un poco.

—No es necesario que huya, señor White. Le ha llegado su hora.

White chilló agudamente y salió disparado a través del corredor.

De repente se detuvo en seco, completamente desorientado, al ver que se había equivocado de camino. Había tomado un pasillo por otro.

La habitación número trece había quedado lejos de sus espaldas.

Gritó lleno de pánico en demanda de auxilio.

Otra de las habitaciones se abrió de pronto y dejó ver en el hueco de la puerta a su ocupante.

White se acercó a él en busca de ayuda, pero entonces oyó:

—Ya le dije que no corriera, señor White. Ha llegado su hora.

Carter White retrocedió con la incredulidad pintada en el rostro, incapaz de comprender. ¿Cómo el tipo de los ojos de loco había podido desplazarse con tanta rapidez a través de los muros, de un lado a otro?

Accionó las piernas con todas sus fuerzas y se vio abocado a un nuevo pasillo, perdido todo sentido de la orientación.

Oyó la carcajada del asesino a sus espaldas y se lanzó a toda velocidad en dirección opuesta.

White optó por salir de aquel condenado hotel del modo que

fuese.

Al oír los pasos largos, pausados, del loco, abrió la ventana del corredor que daba a la parte trasera y se lanzó abajo.

Por fortuna cayó sobre unos cubos de desperdicios y apenas si le dolió el talón del pie izquierdo. Miró hacia la ventana que acababa de atravesar.

El hombre que lo perseguía se asomó, guiñó un ojo y le enseñó el «Colt».

—No se canse, señor White. Está copado.

Carter correteó por el callejón trasero y al mirar hacia la bocacalle, se quedó frío de espanto.

¡El tipo ya lo estaba esperando allí, recostado contra la pared! No había duda de que el asesino tenía un don especial que le permitía estar en varias partes a la vez.

White dio media vuelta y se fue corriendo hacia la salida opuesta del callejón.

Entonces tuvo una nueva sorpresa.

White tembló de arriba abajo, pero ya no parecía tener prisa. Lo que ahora veía se la había quitado.

Bien, el loco también estaba en aquel lado. Volvió la cabeza hacia la ventana y el mismo tipo triplicado se encontraba todavía allí, divertido por el espanto de White.

¡El individuo de cara redonda y ojos de demente estaba en tres puntos distintos!

White se recostó contra unos cajones viejos y apretó las sienes, tratando de disipar aquella pesadilla. De acuerdo, ya sabía lo que pasaba. El, Carter White, se había vuelto loco a fuerza de verse acosado por el tipo, y ahora lo veía por todas partes. Renunció a luchar contra aquel espejismo cuando oyó que la voz le venía de la ventana.

—¿Se ha convencido, señor White? Le ha llegado su hora. No puede escapar de mí.

—No, no puede escapar de mí —repitió la misma voz en el otro lado de la calle.

—Nunca podría escapar de mí —agregó la misma voz, pero ahora sonando en el tercer punto, al lado opuesto.

Los ojos de White amenazaron salírsele de las órbitas y bailaron hacia los distintos lugares en que se hallaba triplicado su enemigo.

De pronto, tiró del revólver y comenzó a apretar el gatillo, pero se le anticiparon. El estampido resonó seco en el callejón y una bala le arrebató el arma antes de que pudiera utilizarla.

White se resolvió a morir y al mismo tiempo un plomo se le acercó zumbando desde la derecha de la calle y le pegó brutalmente en el costado. Abrió la boca, mas no gritó. Notó una súbita flojedad en la pierna derecha y se venció de lado.

Entonces oyó un disparo sobre su cabeza y el impacto le nubló la visión del ojo izquierdo.

Se fue arrugando hacia el suelo y entonces los revólveres tronaron ininterrumpidamente.

White cayó cuan largo era, desgarrándose la piel del cuello en el canal del desagüe.

Quedó boca arriba, todavía vivo, pero notando que las fuerzas se le escapaban por los agujeros que le habían abierto en todo el cuerpo.

Antes de perder totalmente la visión, vio asomarse por encima de él tres cabezas idénticas, sonrientes, de ojos saltones y expresión demoníaca.

Las tres caras se le quedaron mirando, mientras él, Carter White, se hundía para siempre en la oscuridad.

CAPITULO II

Donald Craig, de veintiocho años, alto, moreno, de anchas espaldas y noventa kilos de peso, descabalgó ante la cantina La Aurora y dejó el caballo en manos del mozo de establos.

—Cuídalo bien, muchacho —dijo Craig.

El mozo sonrió.

—Para cuidar caballos soy mejor que una niñera, señor Craig.

Donald frunció el entrecejo.

—¿Cómo sabes mi nombre, muchacho?

—El *sheriff* Hoffman me lo acaba de decir —contestó el mozo, desviando la mirada—. Ahí viene, señor Craig. Lo mejor será que me dé el dólar y lo deje con él. Tiene malas pulgas.

Craig alargó la moneda al muchacho y se encaró con el *sheriff.*

Hoffman estaría por los cuarenta años, tenía el rostro de líneas firmes, cruzado por un bigote de largas guías.

—¿Qué hace usted en Pacific City, Craig? —preguntó con hosquedad.

Donald sostuvo la mirada penetrante de los ojos grisáceos de Hoffman.

—Me choca que sepa mi nombre, *sheriff.* ¿A qué se debe?

Hoffman entornó los ojos,

—Los hombres como usted son conocidos en todas partes, Craig.

—¿De veras, *sheriff?*

—Usted es un *gun-man* —replicó la autoridad de Pacific City—. Y cuando alguien con ese nombre aparece por una ciudad, el *sheriff* empieza a tener pesadillas.

Donald le miró con fijeza.

—Sólo estoy de paso, *sheriff* —dijo.

—Pudo haber elegido otra ciudad de la ruta, Craig. Tengo entendido que usted se ha puesto en varias ocasiones a favor de la ley, pero también sé que allá donde pisa no tardan en oírse estampidos.

—Tengo una cita aquí, *sheriff.*

Hoffman dejó ver un chispazo en sus pupilas.

—Me lo imaginaba, Craig. Y ahora es cuando verdaderamente empiezo a preocuparme.

—¿Por qué, *sheriff*? —Donald ladeó la cabeza—. Es una cita

pacífica.

—¿Sí, eh?

—He convenido con mi tía Anna que nos encontraríamos en este pueblo.

El *sheriff* atirantó los músculos de su cara.

—No me gustan las bromas, Craig —gruñó—. Le advierto que no me dejo tomar el pelo por nadie.

Donald mantuvo el rostro sereno, y sin dejar de mirar al *sheriff* se hurgó en el bolsillo derecho de la camisa.

Extrajo un telegrama y lo tendió.

Hoffman tomó el papel y leyó las cortas líneas.

«Te encontraré en Pacific City. Abrazos. Tía Anna.»

Hoffman levantó la cabeza con un gesto de incredulidad.

—¿Qué enredo es ése, Craig? ¿Tía Anna?

—La esposa de mi difunto tío —replicó Donald—. Quiere que continuemos el negocio de tío Charles. Un rancho muy próspero en Duluth.

En los ojos de Hoffman bailó la sospecha durante unos segundos.

—Bien, Craig, incluso con eso no sabe el alivio que me dará si sale pronto de Pacific City. Quiero que el pueblo haga honor a su nombre mientras yo pueda.

—Hasta luego, *sheriff* —dijo Craig, cuando vio que su interlocutor empezaba a apartarse.

Hoffman se alejó después de tocarse hoscamente el ala del sombrero a guisa de saludo.

Donald dio media vuelta y penetró en el local.

Apenas lo hizo, cuatro individuos que se hallaban junto al mostrador estallaron en carcajadas.

Craig se detuvo al verlos. Estaba muy lejos de esperar aquel encuentro.

El más alto de los cuatro, después de encogerse de risa, pudo decir:

—¡Condenación, Donald! ¡Es lo más bueno que he oído en mi vida! ¿No es para desternillarse, muchachos? —se dirigió a los que le rodeaban—. ¡Tía Anna!

Los cuatro hombres se retorcieron a carcajadas, apoyándose unos en otros.

Craig los observó en silencio con las facciones angulosas y los

labios formando una línea recta.

El que había hablado de los cuatro palmeó al que estaba junto a él, un sujeto rechoncho con aspecto de sapo.

—¿Qué te ha parecido, Andy? ¡El bueno de Donald cada vez nos da una sorpresa!

Después de otro acceso de hilaridad, Andy tomó la palabra.

—Bien, Donald. Parece que te has quedado de piedra al vernos.

—Palabra —replicó Donald, y se acercó poco a poco a la cuadrilla.

El alto, que se llamaba Lewis, alargó el cuello y rió estentóreamente.

—¡Muchachos! —anunció—. ¡Ya os dije que la emoción lo dejaría sin respirar! ¡Los buenos amigos se reúnen de nuevo!

Andy alzó las cejas en una expresión pensativa y risueña.

—Y lo mejor —añadió a las palabras de su amigo— es que Donald, apenas deje de quedarse tieso de la sorpresa, va a quedarse tieso de un relleno de plomo.

Se produjo una larga pausa.

Craig, los estudió uno a uno.

—¿De qué se trata, muchachos?

Hubo un pequeño silencio.

Lewis carraspeó con gesto preocupado.

—Verás, Donald —empezó—. Tú y nosotros nos hemos entendido muy bien hasta ahora.

—¿Qué ocurre?

Craig se dejó caer en el otro ángulo del mostrador.

—Venimos a ajustarte las cuentas por lo de Ralph. Nos enteramos de que fuiste tú quien le roció las tripas con plomo. Eso no está bien, Donald. Los amigos siempre son los amigos. Ya sabemos que nuestro modo de vivir no te gusta, pero hay que respetar los principios. Ralph no te hacía daño.

—El se lo buscó, Lewis —replicó Donald—. Mató a dos ancianos colonos para robarles los ahorros.

Lewis hizo una mueca de tolerancia.

—Siempre el cochino sentimentalismo, Donald —suspiró—. Enviamos a Ralph para que hiciera el trabajito. Los dos pobres viejos estaban llenos de achaques y de plata. ¿No han hecho un bien a la Humanidad marchándose al otro mundo?

Craig apretó los dientes y los músculos resaltaron bajo su piel atezada.

—Lewis —dijo—, había oído decir que eras un cerdo, pero veo que la gente estaba equivocada.

Lewis sonrió.

—¿Te das cuenta?

—Tú y ésos —agregó Donald—, no sois cerdos, sino las más repugnantes ratas de que tengo noticia.

Las palabras de Craig fueron rumiadas unos instantes por sus oyentes.

—No me gusta esa opinión, Don —dijo Lewis.

—Es la que merecéis.

—Y para que veas que no nos gusta, vamos a hacerte el relleno ahora mismo. Ya sabes. Yo tiraré primero del «Colt». Luego lo hará Andy y los chicos se mantendrán quietos. Eso es lo que vas a ganar por ser tan deslenguado. Esperaba que obraras de otra manera para concederte alguna ventajilla.

—¡Al diablo con vuestras ventajas!

Lewis se descubrió y obligó a sus hombres a hacerlo según tenía costumbre.

—Adiós, Donald. Lástima que sólo estemos nosotros para este espectáculo. Al pobre Ralph le hubiera gustado... ¡Adelante, Andy!

Todos hicieron movimientos velocísimos que escaparon a la vista.

Ronald tiró del revólver cuando ellos ya habían desenfundado. Los estampidos atronaron el local.

—¡No, Donald! —gritaron a coro los dos tipos que secundaban a Andy y a Lewis, al tiempo que arrojaban las armas lejos de sí y veían lo que ocurría a sus dos compinches.

Lewis saltó hacia atrás impelido por las balas de Donald y después de dar dos vueltas rompió el espejo del fondo, convirtiendo los restos de su cara en un *ex*traño amasijo de pulpa sangrienta con reflejos de azogue.

Andy recibió otros dos impactos. Debió sufrir la rotura de los centros nerviosos, porque se puso a saltar dislocado de un lado a otro y acabó por caer de cabeza sobre la escupidera de metal, convirtiéndola en un acordeón.

Donald desvió la mirada para clavarla en los dos supervivientes.

Estos temblaban de pies a cabeza.

—¡No nos liquides, Donald! —gritó el que se llamaba Jet.

El otro reculó hacia la puerta con los brazos en alto y al hallarse un poco en ventaja con respecto a Donald, bajó el brazo soltando un cuchillo desde la manga.

Donald hizo fuego.

La bala iba destinada a desviar el arma arrojadiza, pero después de su objetivo se enterró en la cara del tipo. Este se echó las manos al rostro y en esa postura perdió la vertical hacia adelante y se estrelló en el suelo.

—¡Yo no tengo nada en la manga, Donald! —estalló Jet, lleno de terror, consciente de su destino.

—Sal de aquí antes de que se me tuerza el dedo —dijo Donald con el rostro tallado como en granito.

—¡Gracias, Don! —gritó Jet, saliendo disparado hacia las hojas de vaivén.

Cuando hubo desaparecido, la puerta del fondo se abrió poco a poco y apareció precavidamente la cabeza del encargado del mostrador. Enjugóse la frente con el delantal y exclamó, al ver la carnicería:

—¡Santo cielo! ¡Esto es un matadero!

Se apoyó en la pared al notar un mareo.

Donald acercóse a la barra.

—Ponga un par de whiskys. Usted y yo los necesitamos.

El hombre se apresuró a cumplimentar lo pedido.

Bebió con el forastero, y al bajar el vaso de sus labios, dijo:

—Esto no le va a gustar nada al viejo Hoffman.

—Seguro que no le produce risa.

Craig mostró una expresión irritada a causa de los acontecimientos.

—¡Craig! —gritó Bruce Hoffman, apareciendo en la puerta con un «Colt» empuñado—. ¿Qué significa esto?

Donald se enderezó junto al mostrador.

—Lo siento, *sheriff*.

El representante de la ley se agarró al marco de la puerta.

—Lo siente, ¿eh? —rugió—. ¡Maldición! ¡Sabía que me tomaba el pelo con el cuento de la cita!

—Le aseguro que es cierto lo de tía Anna.

Hoffman volvió la cabeza hacia la calle al escuchar un furioso taconeo.

—¡Donald! —gritó la voz cascada de una mujer.

El *sheriff* reflejó un gesto de enorme asombro y de pronto gritó:

—¡No entre, señora Craig!

Por la puerta apareció bruscamente una anciana delgada, cubierta por un espeso velo negro. Lo levantó un poco de sobre la cara y al descubrir al joven, volvió a gritar:

—¡Donald, querido! —entró con los brazos abiertos.

El joven hizo una mueca y le salió al encuentro.

La recién llegada saltó por encima de un bulto en el suelo.

—Cuidado, tía Anna —dijo Donald.

La vieja miró el obstáculo que acababa de sortear y sólo entonces se dio cuenta de la carnicería.

Soltó un chillido agudo y se dejó caer desmadejadamente.

Donald la tomó en brazos antes de que llegara al suelo.

Luego, ante la mirada atónita del *sheriff* y el dueño del local, dijo:

—Voy a acomodar a mi tía —agregó, mirando al dueño—: ¿Hay habitaciones vacías?

El hombre del delantal afirmó, con vehemencia:

—Sí, señor Craig. Pueden ocupar las números siete y ocho. Están en el pasillo de la derecha.

Craig subió las escaleras con los brazo? cargados, dejando al *sheriff* Hoffman rascándose la nuca.

Al llegar a la habitación ocho, abrió, usando una mano.

Entonces se dirigió al centro de la habitación y dejó caer a tía Anna en el suelo.

Se escuchó el aullido agudo de antes.

Craig se echó el sombrero hacia atrás y puso los brazos en jarras.

—¿Quieres decirme qué significa este carnaval, Joe?

CAPITULO III

El llamado Joe se levantó del suelo y arrancóse el velo que cubría la cara.

—¡Por todos los santos, Donald! —exclamó con su voz natural, pero cascada también—. ¡Procura no levantar la voz!

—Empieza a explicarte, Joe.

El vejete era delgado y de talla mediana. Se hurgó en el corpiño y sacó una botella oblonga conteniendo whisky. Pegó un trago y se relamió.

—Primero tengo que recuperarme del susto, muchacho —dijo—. ¡Infiernos, no creas que no estuve a punto de desmayarme de verdad! ¡Cuánto fiambre! ¡Y el estilo es tuyo!

—Al grano, Joe —dijo Donald—. ¿En qué enredo te has metido?

El viejo se dejó caer en un sillón, emitiendo un gemido.

—¡Ya te lo dije en mi carta, muchacho! ¡Tengo a un tipo sobre mi pista empeñado en hacerme unas incrustaciones de plomo caliente!

—Continúa, Joe —dijo el joven.

Joe Ames le sacó el gusto a la botella antes de proseguir:

—Estoy en un lío de mil demonios, hijo. Si no hubiera sido por la estupenda idea de disfrazarme de vieja, a estas horas ya estaría criando gusanos. ¡Puedes tenerlo por seguro, muchacho!

—Trata de calmarte —dijo Donald, y observó a su amigo con interés.

—Tú ya sabes los tumbos que he dado para encontrar la oportunidad de mi vida, Donald. ¡Infiernos, muchacho! Esta vez había dado con un buen asunto. Estaba seguro de que cuajaría.

—¿Qué negocio es ése? —Donald lo observó con interés.

—Aluminio —anunció Joe. Y después de una pausa, agregó—: El aluminio es uno de los metales que más caros se pagan en el mercado de Dallas. Los técnicos han pronosticado que, al correr de los años, será el metal más solicitado para diversos menesteres. Ahora se paga a cien dólares la libra, aunque no esté refinado. ¿Te das cuenta, Donald? ¡Cien dólares por un trozo de metal que cabe en el bolsillo!

—¿Cómo pensabais obtenerlo?

Ames se pasó el dedo por debajo de la nariz.

—Es distinto al oro en cuanto a la manera de producirlo. Procede de arcillas especiales que sólo se encuentran en escasos puntos de la Unión. Sin embargo, uno de los tipos con quienes me asocié encontró el mineral que sirve de base para sacar el aluminio. Lo llaman criolita y va mezclado con otra substancia que se llama algo así como alúmina. También podemos obtenerlo del escombro de la montaña, rico en un mineral llamado bauxita. ¡Todo aluminio, Donald!

—Sigue, Joe.

El viejo respiró hondo al desembarazarse del corsé.

—El socio de que te he hablado descubrió un lugar a un par de millas de aquí, donde se encontraba el mineral apropiado. Trajo unas cuantas muestras de escombros arrancados de la parte baja de un monte. Apenas obtuvimos las primeras muestras tratadas por un químico de Dallas, nos dimos cuenta de que teníamos ante nosotros algo mejor que un filón de oro. Lo que nos hacía falta era algo de capital. Por eso formamos compañía con otros dos. Hace un par de meses vinimos los cuatro al lugar en cuestión y nos hicimos cargo del terreno, inmediatamente denunciamos la propiedad en la Oficina de Patentes y Minas. Poco después, vino el fin.

Donald alzó una ceja.

—Explica eso del fin.

Joe hizo una mueca de disgusto.

—Nos vimos acosados por un tipo con cara redonda y ojos de loco. El fulano empezó a darnos caza. Después de la última reunión que tuvimos en Dallas, nos vimos obligados a separarnos. El primero en caer fue Patrick Drew.

—Lo baleó el tipo loco —dijo Donald.

Ames asintió de una cabezada.

—No le dio tiempo ni a sacar el revólver. Por lo que se ve, el fulano, además de estar grillado, es un hacha con las armas en la mano. Hizo un trabajo de artesanía.

—¿Denunciasteis el caso?

—Sí, pero no hemos conseguido nada. El loco sigue haciendo de las suyas. Aunque estoy seguro de que le paga alguien para hacer la faena.

—¿Quién puede ser?

—Daría el brazo izquierdo por saberlo. ¡Infiernos, Donald! Estoy

seguro de que tiene una lista escrita con tinta verde y va borrando a medida que caemos.

—Aún estás vivo, Joe —dijo Donald, aunque sus pensamientos se barajaban velozmente para hacerse cargo de la situación.

Ames continuó:

—No puedo ponerme en contacto con ninguno de los socios a partir de la estampida. Cada uno salió por su lado a todo correr. Lo curioso del caso es que, a pesar de que me constaba que estábamos bastante separados unos de otros, el loco parecía ir detrás de todos a la vez.

—Explica ese lío.

Ames torció el gesto.

—Parece cosa de risa, Donald. Pero cuando tuve que salir por piernas de Austin, me lo dejé a las espaldas. Sin embargo, ya lo tenía esperándome en San Antonio, a la puerta de la estación. ¡Para mí que ese tipo tiene pacto con Satanás!

—Bebe otro trago —dijo Donald, cejijunto.

—¿Qué opinas, Donald? —preguntó Ames, después de obedecer el consejo.

—Está claro que la persona interesada en que desaparezcáis todos, ha calculado las posibilidades de la mina. Puede que sea un sujeto de esos andurriales. Por eso tiene al loco alquilado. Para ocultar la mano después de lanzar la piedra.

—Es un bastardo. De eso estoy seguro.

Ames le dio otra chupada a la botella.

—¿Quiénes quedan vivos?

El vejete tapó el frasco. Después de arrancarse el cuello almidonado de encaje de hilo, agregó:

—Patrick Drew y Carter White ya están muertos. Lo leí en un anuncio de la comisaría de Big Spring pidiendo la identificación. En cuanto al otro socio, Bob Champion, puede que le estén dando caza en este momento. Especialmente, después de que yo les he dado el esquinazo con este trajecito de última moda. ¡Condenación, Donald! Si no hubiera sido por esta idea de disfrazarme de tía Anna, ya me habrían trinchado.

—Has tenido una idea luminosa, Joe —dijo el joven.

Ames se dejó caer sobre el respaldo.

—No sabes los tumbos que he tenido que dar. Sé que el disfraz

me protege, pero no podrá alargarse esta situación mucho tiempo. Tarde o temprano tendré que exponer el tipo para hacerme cargo oficialmente de la porción de la montaña donde está el mineral. Si tardo mucho, el tipo que quiere aprovecharse se valdrá de la Ley de Posesiones y Explotaciones. Es decir, que si no me pongo a trabajar pronto, considerarán el hallazgo como algo perdido y alguien se tragará el pastel así por las buenas.

Donald continuó pensativo:

—Tienes tiempo para hacerte cargo de la explotación —dijo—. Lo esencial es que estés a salvo del loco de la cara redonda. La memoria no me indica que esté clasificado entre los pistoleros conocidos.

Ames se humedeció los labios con la lengua.

—Ya lo he visto tres o cuatro veces y te juro que es el pajarraco más inquietante que te puedas echar a la cara. Cuando toca el revólver, y te mira, se relame como si viera un pastel de manzana.

—Apártalo de la imaginación, Joe.

El vejete se aflojó la cinta de terciopelo que le rodeaba el cuello.

—Lo veo hasta en la siesta —resolló—. Por eso no perdí el tiempo en localizarte en cuanto pudo burlarle con estos almidones.

—Has hecho bien en llamarme.

—¡Infiernos, hijo! Si no fuera por ti, estaría para echarme a llorar. No sabes lo seguro que me encuentro ahora.

Donald esbozó una ligera sonrisa como escape a su intensa concentración mental.

—Trataremos de resolver el asunto —dijo—. Lo malo es que no podremos proteger a Bob Champion si todavía está vivo.

—Cualquiera sabe dónde se esconde —apuntó el vejete—. Pero te digo una cosa, Donald.

—Dila ya.

—El tipo de ojos de loco puede que se lleve una sorpresa cuando se lo eche en cara. Bob es el socio que menos me gusta. Un tipo aficionado a los trapicheos. Además, tiene una rara habilidad con el «Colt» Para mí que es un ex pistolero. Sería algo grande que fuera el puerco de Bob quien acabara con ese chiflado asesino.

Hubo un largo silencio mientras los dos hombres se dedicaban a sus pensamientos.

Donald dijo, al fin:

—Esperaremos, Joe. No tarda en saberse acerca de los vivos y de los muertos.

CAPITULO IV

Bob Champion pegó la goma del cigarrillo y lo encendió. Luego sacó un grueso reloj del bolsillo y le echó una ojeada.

—Es casi la hora, Bruno. ¿Tienes el rifle a punto? Bruno se asomó por detrás de una de las casas y la luz de la luna le dio en el rostro, de nariz aplastada y boca torcida.

—Sí, Bob —gruñó—. Pero te juro que no sé por qué lo has citado en este condenado pueblo fantasma.

Champion se dio la vuelta. Era de fuerte complexión, facciones angulosas y pupilas de un brillo intenso.

—He ventilado aquí un par de asuntillos otras veces sonrió—. ¿Tienes miedo, Bruno?

El interpelado sonrió forzadamente.

—¿Yo? ¡Infiernos! ¡No sabes las ganas que tengo de que se presente ese loco para ponerlo cuerdo de un tiro en la cacerola!

Champion asintió complacido.

—Estaba cansado de verlo a mis espaldas. Por eso acabé por ponerle un anuncio en el periódico *El Clarín de la Ciudad.* Así ventilaremos la cuestión de una vez. Sé lo que anda buscando.

Bruno arrugó el entrecejo.

—Lo que no me explico es que no te lo hayas cargado antes, Bob.

—Preferí darle cuerda. Fue una suerte que entrara en juego y empezara a cargarse a los otros socios. Si el loco no lo hace lo hubiera tenido que hacer yo mismo, para quedarme con la explotación de aluminio. Vale lo suyo.

—Ahora me explico muchas cosas, Bob. Pero no lo debiste dejar para tan tarde. Tengo un montón de preguntas que hacerte.

—Pues lo mejor será que escondas el hocico. El «leocadio» del revólver está a punto de caer.

Los dos individuos guardaron silencio un instante, al acecho del menor ruido.

En vista de que todo permanecía tranquilo, aunque la hora estaba muy cercana, Bruno agregó:

—Cuando emplomemos al loco, le daremos las gracias. Nos ha hecho un trabajo gratis. ¿Todos muertos?

—Sí —gruñó Bob—. Aunque puede que el abuelo Joe esté con vida todavía. No tardaremos en localizarlo. Y a ése me gustará hacerle las incrustaciones personalmente. Para mí que el vejete se olía lo que me llevaba entre manos. No me quitaba ojo...

—¡Mira! —interrumpió Bruno en un susurro, pero ya estaba entre las sombras.

Bob Champion se dio la vuelta poco a poco con la diestra sobre la culata del «Colt».

La luna hacía resaltar la sombra fantasmal a lo largo de una hilera de casas abandonadas. Era la silueta alargada de un hombre al acecho.

Champion echó a andar despaciosamente.

—¿Estás ahí, grillo?

Sus palabras fueron ahogadas por el silencio.

Champion sonrió sin dejar de andar, comprendiendo que el sistema de aparición formaba parte de una técnica para inquietar al contendiente.

Champion se paró a media calle, cerca de la plaza poblada de altos hierbajos.

—Bien, loco. Asómate de una vez, encanto. No he venido a pelar la pava contigo.

Un gato negro, salvaje, salió corriendo con el pelo del lomo en punta como si fuera un erizo.

La sombra de la esquina se movió.

Entonces la luna iluminó las facciones redondas del hombre.

Tenía los ojos salientes y el blanco destacaba en las sombras imprecisas de su cara.

—Ha llegado su hora, señor Champion —dijo.

Bob empezó a divertirse, aunque un escalofrío incipiente le molestaba en la base de la columna vertebral.

—En efecto, hijito —replicó—. Ha llegado mi hora. La hora de cargarme a los chiflados. Lo hago entre las doce y la una. ¿Te gusta?

—Está copado, señor Champion.

Bob rió la salida, pero inexplicablemente notó que su risa sonaba a hueco.

—Vamos, locuelo. Asómate bien. Quiero darte un poco por arriba

y otro por abajo. El revólver me chilla de ganas.

Los dos contendientes se acercaron uno al otro.

El silencio se hizo más espeso, de modo que hería los oídos a Bob. La cosa marchaba, a pesar de todo. Bien, bien. Ahora Bruno asomaría el caño del rifle y si algo no funcionaba bien, haría fuego al «grillo». De todos modos, Bruno lo cosería para asegurar resultados.

Las piedras crujieron bajo las botas de Champion.

El tipo de la cara redonda no hacía ningún ruido. Parecía desplazarse por el aire.

De pronto, Bruno soltó un alarido desgarrador.

—¡Está aquí también, Bob!

Champion se desconcertó un instante, y sin dejar de observar al personaje que se acercaba, ladeó un poco la cabeza.

Bruno volvió a gritar:

—¡Se me acerca, Bob! ¡Lo tengo detrás de mí!

Bob Champion comprendió que algo iba mal.

Se imponía resolver la situación.

Sacó el revólver con velocidad.

Sonaron dos disparos casi juntos.

Bob notó que el revólver se le escapaba de las manos y soltó una maldición por no haberse colgado otro en el flanco izquierdo aquella misma noche.

—¡Me ha matado, Bob! —volvió a gritar Bruno.

Bob quedó de piedra al ver a su compañero salir a la luz de la luna con el paso vacilante y las manos en el estómago.

Observó la terrible expresión de su cara y cómo antes de que cayera en el suelo soltaba un chorro de sangre por la boca.

Champion perdió la ecuanimidad y salió de la calle por piernas.

Corrió hacia la plaza Mayor del pueblo abandonado y volvió aterrorizado la cabeza hacia donde estaba el loco.

Este no hacía más que avanzar lentamente hacia él.

Champion buscó un callejón en la plaza y al ir a entrar en él, se quedó frío de espanto.

¡El tipo de los ojos dilatados estaba esperándolo en la esquina!

Champion giró la cabeza, incrédulo, y vio allí al tipo de la cara redonda.

Se dirigió hacia otra bocacalle, y mucho antes de llegar a ella,

otra sombra se destacó en aquel punto.

La cara también era redonda y los ojos salientes.

Bob Champion retrocedió sin control, la frente perlada de sudor y las pupilas bailando de un lugar a otro.

Se hallaba en el centro de la plaza y la larga experiencia de la vida le dijo que estaba atrapado.

El loco pareció adivinarle el pensamiento.

—Le dije que había llegado su hora, señor Champion.

La voz vino de la esquina del antiguo Ayuntamiento.

—Su hora, Champion —replicó la otra imagen del loco, junto al viejo *saloon* La Guinda.

La tercera imagen del loco de ojos errantes recalcó desde la esquina de la derruida oficina del *sheriff*.

—Su hora, Champion. Va a morir.

Bob abrió la boca, para dar rienda suelta a su terror con un grito, pero se encontró que allí tenía una bola que no le dejaba pasar la voz.

Lanzó una ojeada circular al loco triplicado en las distintas esquinas de la plaza y echó a correr sin saber hacia dónde.

Entonces sonó el primer disparo.

Champion notó un crujido a la altura de la cadera y la quemadura de la bala lo hizo caer de costado.

Pegó por fin un chillido y empezó a arrastrarse hacia el Ayuntamiento.

Sonaron tres carcajadas, cada una desde un punto diferente, pero de timbres idénticos.

Bob miró a su alrededor y comprobó que las tres caras eran exactas. Tres balazos lo cosieron sucesivamente por el costillar derecho.

Se agarró con desesperación a las hierbas para arrastrarse, pero los revólveres escupieron plomo y fuego ininterrumpidamente.

Bob Champion quedó quieto en el suelo y un momento antes de morir vio sobre él cómo se cernían tres caras iguales como tres gotas de agua.

Las tres tenían calcada la sonrisa.

Uno de los tres remató a Bob Champion de un balazo sin perder la expresión risueña

Miró a los otros dos.

—Esta vez lo he pasado mejor. ¿Vosotros, no?

—Lo mejor será cuando acabemos el trabajo, Bart —Acabó de sonreír el que estaba a la cabeza del cadáver—. Tengo ganas de dejar de andar de un lado para otro. Llevamos así un mes, muchachos.

Bart se incorporó, suspirando profundamente.

—Todo llega a su fin, Milt. Y esta vez tendremos un buen puñado de oro en el bolsillo. Estaba ya cansado de los trabajos allá en el Norte que apenas nos daban para cubrir gastos. Ahora tendremos un nombre, chicos. Todo eso lo debéis a mi cabeza.

—No nos vengas con humos, Bart.

El llamado Milt observó el cadáver de Champion.

Bart lo miró y su sonrisa se apagó un poco en la comisura de los labios.

—No me cansaré de repetíroslo. En el Norte éramos Los Trillizos Kendall. ¿Y qué sacábamos de eso? Degollar viejas por unos cuantos centavos. —Hizo una pausa mientras enfundaba el revólver—. En cambio, con el traslado al Sur, daré yo solo la cara. La gente cree que trata con un tipo loco con la rara habilidad de encontrarse en varios sitios a la vez. Nadie tiene que saber nuestro guisado.

Milt bajó la cabeza ligeramente avergonzado.

—Confieso que diste en el clavo, Bart. Los que nos alquilen tratarán con uno solo y se llevarán la sorpresa cuando vean que ese vale por tres. Nadie dará con la solución. Es verdad, Nat y yo lo hemos comentado varias veces. Tanto las víctimas como los que pagan, se quedarán con la boca abierta. ¡Condenación! ¡Tuviste cabeza con este nuevo plan de trabajo! Pero haz el favor de no restregarnos por la cara que te debemos el pan que nos comemos.

Bart recuperó la ancha sonrisa.

—Paz en la familia —dijo.

Nat, después de su silencio mientras discutían los dos hermanos, carraspeó.

—¿Qué os parece si nos vamos? Tengo plan con la mexicana de la cantina.

Los otros dos Kendall lo miraron con reconvención, pero Bart dijo:

—En marcha, chicos. Mañana se remata la obra. Los trillizos Kendall comenzaron a alejarse lentamente, dejando el cadáver de

Bob Champion a sus espaldas, y pensando en el nombre de la próxima y última población.

Pacific City.

CAPITULO V

Donald Craig examinó desde el pequeño valle el desmoronamiento del monte, donde a simple vista se apreciaba un colorido poco común, debido a la presencia de mineral de bauxita.

Se hizo cargo de los alrededores y comprobó que las palabras de su amigo Joe Ames eran ciertas.

La zona no estaba acotada por ningún propietario y formaba parte de lo que se llamaba «terreno libre».

Donald consultó el pequeño mapa trazado por la Oficina de Patentes y Minas y se hizo cargo de las dimensiones del terreno que en el futuro estarían comprendidas en la explotación.

No obstante, Donald notó la presencia en los alrededores de pequeños ranchos y granjas. Cualquiera de los propietarios podría aprovecharse de la explotación, si en el plazo marcado por la Ley de Posesiones y Explotaciones, Joe Ames no obtenía rendimiento de los minerales.

Donald dedujo inmediatamente que uno de los dueños de las numerosas propiedades de alrededor era la persona empeñada en hacer desaparecer a Joe Ames y compañía.

Craig puso fin a sus pensamientos, inclinándose hacia el suelo y haciendo un ramillete de florecillas silvestres.

Luego dio media vuelta y las entregó a Joe, quien, disfrazado de tía Anna, se hallaba en el asiento trasero del vehículo alquilado.

—¡Gracias! —exclamó ostensiblemente Joe para ser oído por algún que otro peón que en aquellos momentos deambulaba por allí.

Joe se levantó el velo de la cara y aspiró el perfume de las florecillas ocultando una mueca de disgusto.

—¿En marcha, tía Anna? —preguntó Craig, jovialmente.

—¡Sí, hijo! —replicó Joe, con voz atiplada, al ver a un peón boquiabierto cerca de ellos—. Veo que me he olvidado el frasco de sales junto a la cofia de los domingos.

—Está bien, tía Anna. —Donald subió al pescante y estimuló al caballo—. Volveremos en seguida a casa.

—Menos mal que me he traído el jarabe para los dolores.

Joe sacó la botella de whisky y por un costado del velo le dio un metido.

El vehículo empezó a rodar.

—¿Qué te ha parecido, Donald? —preguntó Joe en un susurro.

El joven volvió ligeramente la cabeza.

—Estoy seguro de que has dado con un tesoro, Joe. Pero tendremos que vérnoslas bien largas.

Joe examinó las propiedades valladas donde se levantaban edificaciones de todas clases.

—Esto parece una colonia, muchacho. ¡Y pensar que el tipo debe estar esperando noticias de mi muerte en uno de esos ranchos!

Donald dejó de escucharle.

Tenía la vista fija en el lugar donde una muchacha corría a gritos detrás de un pequeño cerdo.

El animal se estaba divirtiendo a costa del ama.

Donald detuvo en seco al vehículo cuando el cerdo pasó por delante como una flecha.

—¡Cuidado, «Alberto»! —gritó la chica—. ¡Ven aquí!

Craig ladeó la cabeza, y después de contemplar la persecución, bajó del pescante.

El viejo evolucionó alocadamente de un lado a otro acosado por los gritos de la muchacha.

Donald corrió hacia la esquina por donde acababa de desaparecer el tal «Alberto», y al llegar allí, la chica se le unió.

El cerdo surgió de improviso y estuvo a punto de derribarla.

—¡Quítese de en medio! —ordenó la muchacha.

Donald la sostuvo para que pudiera calzarse el pie izquierdo, pero ella se desasió con brusquedad.

Corrió detrás del animal y Donald fue tras ella.

Acorralaron al pequeño cerdo en un rincón de la valla, y entonces, Donald aspiró aire y se lanzó en plancha.

«Alberto» pegó un agudo ronquido de dolor.

La muchacha se recogió el pelo rojo como el fuego y trató de sujetar el animal que se debatía entre las fuertes manos de Donald. Pero «Alberto» encontró un hueco, y después de arquear el lomo, hizo rodar a la pelirroja y al joven por los suelos.

Donald se las vio y deseó para controlar al puerco y mantener en equilibrio a la chica.

—¡Apártese de una vez! —chilló ella, rabiosamente.

—¡Cójale la pata delantera! —replicó Donald, a su vez.

—¡Sáqueme de aquí abajo!

La pelirroja abrió los grandes ojos al verse bajo el puerco y del desconocido.

Pero éste la rechazó con brusquedad y se abalanzó sobre «Alberto», que empezaba a escurrirse en medio de espeluznantes aullidos.

Casi al mismo tiempo chocaron contra un cubo lleno de salvado y el estallido de pasta roció a la pelirroja, al puerco y al mismo Donald.

—¡Mire cómo me ha puesto! —gritó ella.

Donald no pudo verla, de momento. Se desprendió de la pasta que llevaba sobre los ojos, y con la otra mano sujetó al animal.

La chica obró con rapidez y empujó a «Alberto» hacia la puerta de la porqueriza, por donde desapareció.

Luego, ella se dirigió belicosamente hacia el desconocido.

—¡De modo que usted se dedica a meterse donde no le llaman!

Donald mascó un poco de salvado y lo escupió con repugnancia.

—Sólo intenté ayudarla —dijo.

La pelirroja lanzó una carcajada de tristeza.

—Ayudarme, ¿eh? —resolló—. ¡No ha hecho más que estorbarme! ¡«Alberto» ya era mío cuando usted intervino!

—Conque ésas tenemos, ¿eh, muñeca?

La joven se acercó a Donald cojeando, a causa del zapato que había perdido en la persecución.

—Sí, forastero —replicó rabiosamente—. ¡Usted no ha visto un cerdo más que en jamón curado! ¿De qué árbol ha caído? ¡Con esos manotazos no hizo más que excitarle!

Donald se quedó mirándola.

La pelirroja tendría los veinte cumplidos. Era de cintura muy estrecha, lo que hacía resaltar maravillosamente su busto bien modelado, sólido y alto. Sus ojos eran de azul claro, grandes y de largas pestañas. Donald acabó observando el pequeño pie descalzo.

—Lo siento —dijo, sin saber exactamente en qué pensaba.

La pelirroja puso los brazos en jarras.

—Lo siente, ¿eh?. ¡Bien, forastero! ¡Si eso es verdad, haga una cosa la próxima vez que venga de paseo!

—¿Qué cosa?

Ella aspiró profundamente.

—¡No se acerque por esta valla!

Dicho esto, dio media vuelta y se apartó de Donald.

En eso apareció un sujeto fornido, cuyo pecho combado semejaba un barril. Era rubio claro, de ojos pequeños parecidos a los de «Alberto».

—¿Qué son esos gritos, Kathy? ¿Quién es ese individuo?

Ella lo apaciguó, empujándolo hacia la valla.

—Vuelve al trabajo, Red —dijo, sin quitar ojo a Donald—. Quiso ayudarme a atrapar a «Alberto», pero por poco nos mata a los dos. Se ve que es un sujeto de la ciudad.

Red sonrió complacido al verse ante un probable antagonista y tensó los músculos de sus gordos brazos.

—Si quiere que lo ponga en vereda y le enseñe a tratar a la gente, no tiene más que decírmelo, Kathy.

Ella hizo un gesto con la mano.

—No tiene importancia, Red. Déjalo.

Red se relamió, examinando la estructura física del forastero.

—Si viera lo que me gustaría…

—Vamos al trabajo, Red —interrumpió Kathy.

Y a continuación, los dos desaparecieron de la mirada de Donald.

Este regresó al vehículo donde «tía Anna» se retorcía de risa en el pescante.

—¡Infiernos, muchacho! —exclamó—. Te ha estado bien empleado. Ya decía mi tío que «con las chicas y los puercos ten los ojos bien abiertos».

—Cierra el pico, Joe.

Donald subió al pescante y le dio las riendas con el ceño fruncido.

Un cuarto de hora después llegaban al poblado.

Donald y Joe bajaron del vehículo a la puerta del establo público, en medio de la calle Mayor, y se dirigieron a la acera.

Joe se esponjó el polisón y adoptó el aire de una dama de gran ciudad. El temor cerval que le tenía al loco de los ojos saltones, le hacía desempeñar a las mil maravillas su papel de tía Anna.

Donald dijo por la comisura de la boca:

—Echa una ojeada a ese escaparate de modas, Joe. Por ahí viene el *sheriff* y un tipo que debe ser un pez gordo de Pacific City.

El *sheriff* Bruce Hoffman se adelantó hacia Craig y lo presentó al personaje que le acompañaba.

—Señor Holmes, le presento a Donald Craig, el joven que hizo justicia con aquellos forajidos que nos inquietaban.

Donald alargó la mano hacia el llamado Holmes.

Se trataba de un sujeto de robusta complexión, de unos cuarenta y pico de años, pero conservado como un muchacho. Era elástico, de brazos largos y manos grandes. Carecía de canas en el pelo ensortijado.

—Mucho gusto, señor Craig —dijo. Y sus ojos intensamente negros dejaron de ser opacos un segundo, brillando con fuerza—. El *sheriff* me habló de su hazaña. Hacía unos días que veíamos por aquí al tal Lewis Roney.

—A propósito —carraspeó Hoffman—. Mi ayudante me acaba de decir que ha vuelto a ver al tipo que perdonó usted.

—¿Jet?

Los ojos de Donald se entornaron.

—Tal vez intente una jugada contra usted. Tenga cuidado, Craig. —El *sheriff* cambió de tono al ver a tía Anna—. ¡Señora Craig! ¿Cómo le va?

Donald observó que Joe tenía un fallo en el remo derecho, pero enarcó el busto lleno de algodón en rama y sonrió desde detrás del velo.

Se aproximó subiendo un poco la falda por encima del tobillo. Donald se tuvo que morder la lengua para no estallar en una carcajada. El *sheriff* se hizo mieles.

—¿Está a gusto en Pacific City? ¡Oh, perdón! Quiero presentarle a uno de nuestros más ilustres ciudadanos, el señor Holmes.

—Clement Holmes —se presentó el interesado, inclinándose ceremoniosamente para besar la mano de la señora Craig.

—Señora… —dijo con voz de circunstancias—. Me siento honrado en poder presentar mis respetos a tan bella dama.

Joe fue a soltar un terrible juramento, pero se rehízo y simuló avergonzarse de modo muy femenino.

—He sido bella en mis tiempos —retrucó con voz más aguda que de costumbre, pero que tenía cierto tono musical—. Es usted muy galante, pollo.

—A sus pies, señora Craig. —Volvió a hacer otra reverencia el personaje de Pacific City—. Tendré un gran placer en presentarla a nuestro Club Femenino antes de que parta de Pacific.

Joe sacó de alguna parte un pañuelo de encaje y lo sacudió con destreza, impidiendo con el delicado perfume que se percibiera el olor a whisky.

—Mi sobrino y yo esperamos la visita del agente de bienes raíces para ultimar nuestros documentos. Estaremos aquí algunos días.

La atención de los cuatro fue desviada por el traqueteo de un vehículo cargado de hortalizas.

En el pescante iba Kathy junto al fornido empleado.

Al detenerse el vehículo en el mismo lado que se hallaban Donald y los demás, Kathy descubrió algo que la hizo lanzar un grito de alarma.

—¡Cuidado!

Donald se revolvió y lanzó una exclamación al descubrir que se acercaba Jet, el superviviente del cuarteto de Lewis, empuñando un revólver.

Un tipo de cara hosca le secundaba, también con las armas en la mano.

—¡Hola, Donald! —exclamó Jet en medio del silencio que se había producido en aquel tramo de la calle—. ¡Apuesto a que no me esperabas!

Donald bajó de la acera y se detuvo en la estribación de la calzada.

—¿Qué te duele ahora, Jet? —dijo—. Te di una oportunidad.

Jet sonrió, consciente de la superioridad que le daba el tener el «Colt» a punto.

—Yo no te la daré a ti, Don. ¿Te creías que iba a dejarlo pasar? No, Don. Mataste a los chicos, pero me juré que te lo haría pagar.

—Has bebido, Jet —dijo Donald Craig.

Jet rió hacia su hosco compañero.

—¿Lo has oído, Terry? El gran Don dice que estamos borrachos. Bien, le daremos el gusto. Estamos borrachos. ¡Pero de ganas por enviarte al otro mundo!

Craig guardó silencio, los labios apretados.

Jet amartilló el revólver.

—¿Estás a punto, Don?

El tipo de la cara seria gruñó:

—Dale cuerda y nos dará un disgusto. ¡Tira de una vez, condenación!

Donald se arqueó de lado al tiempo que apretaba la culata del «Colt».

Los revólveres crepitaron varias veces.

Jet se quedó sorprendido al ver que el primer proyectil que salía de entre los dedos de Don le arrancaba el revólver de la mano, mientras que el segundo se le incrustaba en mitad del pecho, produciéndole una sensación de asfixia. Abrió los ojos al máximo y cayó de cabeza en el polvo.

El sujeto que le seguía salió disparado hacia atrás por la fuerza de otro proyectil y fue a morir entre las patas del caballo de Kathy.

Ella dio un grito al ver que el animal se ponía en pie y trató de dominarlo mano a mano con Red. Lo consiguieron, pero antes tropezaron con un pilón de roca y el vehículo se venció de lado, volcando las hortalizas. Joe optó por desmayarse y procuró caer en los brazos de Hoffman, quien lo sujetó.

Entre el *sheriff* y Holmes sentaron a «tía Anna» en el banco que había junto a la puerta de la comisaría.

Donald enfundó el revólver en medio de un silencio general.

Kathy reaccionó al ver los productos hortícolas por los suelos y gritó hacia Donald.

—¿Por qué tengo que encontrarlos siempre en mi camino? ¡Me ha arruinado!

Donald se aproximó.

—Le pagaré los daños —dijo.

En eso, Red, el acompañante de la chica, quebrando el mango del látigo entre las manos, mostró los dientes, lleno de rabia, aunque por dentro estaba complacido ante la lucha que se le presentaba.

—Esta vez no escapa, forastero —escupió las palabras poco a poco—. Podía buscar otro lugar más apropiado para resolver sus cuentas personales. Pero ya que no lo ha hecho, lo voy a mandar allí de un puñetazo.

Craig sacudió la cabeza adivinando los pensamientos del rubio Red. Se veía a la legua que el individuo se desvivía por medir los puños con él.

—Será mejor que todos nos calmemos.

Red sonrió abiertamente.

—Le aseguro que pondré en práctica mi sistema

«Paliza indolora para chicos de la ciudad». No lo pasará mal.

Craig hizo una mueca.

—¿Por qué no recoge sus melones y lechugas, Red?

—Después —dijo Red.

Y como estaba ya cerca del forastero, le largó un izquierdazo de pega para triturarle la cara con la derecha.

Pero le salió mal. Craig esquivó la finta con un ligero movimiento de cabeza y la derecha de Red pasó lejos. Entonces, Craig tiró a fondo un golpe.

Dio en el blanco.

Sonó un chasquido y Red salió disparado hacia el carro.

Chocó contra la cesta grande de kakis mexicanos y los frutos salieron disparados hacia todos lados.

Red se llenó de roja pulpa de la cabeza a los pies.

—¡Maldición, bastardo! ¡Tengo que machacarle la cabeza por esto! ¡Se acabaron las contemplaciones!

Craig lo esperó con el lomo un tanto bajo, y esta vez el error de cálculo le tocó a él.

Red dejó caer su derecha como una maza, detrás de la oreja de su antagonista, y éste, Craig, salió despedido hacia delante.

Recorrió el mismo camino que hizo Red, pero le tocó llevarse por delante la pila de cestas de fresas tardías de Tijuana.

Aplastó con el cuerpo, al rodar por el suelo, las fresas y se llenó hasta las orejas.

Se puso en pie, pero Red se le venía encima y cayeron juntos, enzarzados en un intercambio de golpes, sobre los mazos de pepinos maduros para conserva.

La gente se acumuló a prudente distancia absorbida por el interés que cobraba la pelea.

Kathy estaba muda de estupor ante los destrozos que producían los dos contendientes.

Salió de su abstracción al ver que un directo acertado del forastero hacía saltar a Red en horizontal.

Red acabó el recorrido al hacer estallar una sandía Copper, el tipo gigante, cuya pulpa se repartió por los aires, manchando a los espectadores más cercanos.

Red se incorporó de los restos de la cucurbitácea, y después de escupir varias pepitas, aspiró aire con fuerza.

Se tambaleó mareado, y al ir a golpear al semiinconsciente

forastero, se derrumbó sin fuerzas en un canasto de tomates.

Al notar la frescura del jugo, sonrió, perdiendo el conocimiento.

El inesperado fin de la lucha dejó sin habla a los que la contemplaban. Craig se apoyó sin fuerzas en la rueda del carro y alzó la mirada hacia la hermosa dueña.

—¿Está contenta, muñeca?

Luego se tambaleó hacia la oficina del *sheriff* donde éste y Holmes asistían a «tía Anna».

Joe abrió un ojo mientras hacía arcadas ante el frasco de sales que le pasaba el *sheriff* por las narices y resolló:

—Deje eso, *sheriff*. En estos casos me sienta mejor una copita de licor. Pero no en la nariz, *sheriff*.

CAPITULO VI

Clement Holmes entró seguido de su capataz en el *saloon* Diana, de Ruby City, población situada a ocho millas de Pacific City.

El local estaba lleno de público a aquella hora de la mañana. Los clientes eran tratantes de ganado, rancheros, tahúres y pistoleros.

Holmes consiguió una de las mesas del fondo y se sentó con una mueca de disgusto.

—Lo que más me revienta de esta ciudad es que está llena de gente de mal vivir.

—Sí, señor Holmes —asintió su capataz, un sujeto delgado, de ojos muy juntos y aspecto rudo.

—Espero que no tarde mucho nuestro amigo —continuó Holmes, después de pedir bebida al mozo—. Me dijo que sería puntual.

—¿Preguntaba por mí, señor Holmes? —dijo una voz en la misma mesa que ocupaban, tan repentinamente que Holmes y su capataz sufrieron un sobresalto.

Al volver las cabezas contemplaron al individuo de cara redonda y ojos dilatados, quien les dedicó una sonrisa en la que entraban en juego todos los dientes.

Se hallaba sentado formando un trío con ellos.

Holmes reaccionó y echóse a reír.

—¡Que me aspen, Kendall! ¡Es usted más sutil que un fantasma!

—Muy buenos días, señores —continuó Bart Kendall, con la sonrisa en los labios.

—¡Canastos, Kendall! ¿Cuánto hace que ha llegado?

Bart jugueteó con el vaso que acababan de servir.

—Hace rato que no les pierdo de vista —dijo—. Pero no quise aparecer hasta que usted lo deseara.

Holmes rió la salida lleno de buen humor.

—Es usted único, amigo Kendall —dijo, volviéndose hacia George, el capataz—. ¿Te percatas, muchacho? ¡Aprende de un hombre que sabe dónde tiene la mano derecha!

George forzó una sonrisa para no quedar en mal lugar. El tipo de ojos de loco le daba escalofríos. Era superior a sus fuerzas.

Holmes sacudió la cabeza, todavía riendo.

—Ya estoy enterado del trabajo que ha desarrollado, Kendall. No sé cómo ha podido hacerlo, pero le juro que me ha complacido su actuación. ¡Infiernos! ¡Es difícil atrapar a cuatro tipos que se largan como conejos cada cual por su lado!

Bart cabeceó.

—Para mí era pan comido —replicó—. No me los cargué en el mismo día porque quise que se alejaran unos de otros para no infundir sospechas a las autoridades de los condados.

—Sin embargo, todavía le falta el más viejo de los socios para rematar la obra. —Holmes agregó, con malicia—: Apuesto a que ése le dará más trabajo. Usted confesó en su último informe que Joe Ames se había disuelto en el espacio.

Bart alzó la cara redonda, reluciente.

—Embalsamaré al viejo en cuanto llegue a Pacific City. Se lo dice Bart Kendall.

—¿Pacific City? —Alzó las cejas, sorprendido, Clement Holmes—. ¿Es que quiere decir que está allá?

—Dio en el clavo, Holmes.

Clement soltó la carcajada.

—¡Esta sí que es buena, Kendall! ¡El viejo Joe Ames ha tenido más agallas que los demás!

—Sí, señor Holmes —coincidió Bart—. De todos modos, confieso que me dio el esquinazo cuando ya lo tenía a punto de caramelo.

—Lo confiesa, ¿eh?

Bart asintió sinceramente.

—El viejo es muy hábil y se largó de forma que no puedo explicarme. Pero sé cierto que se encuentra a estas horas en Pacific City escondido en algún agujero. En cuanto llegue, lo haré salir como a las comadrejas.

Holmes mostró escepticismo con el solo objeto de embromar a Kendall.

—Si Ames se le escurrió de entre los dedos, ¿cómo sabe que está en Pacific? Ande, suéltelo.

Kendall le dedicó una larga mirada en la que sus ojos errantes se proyectaron hacia afuera más de lo corriente.

—Si yo le dijera eso a mis clientes, señor Holmes, me vería obligado a pedir limosna en breve plazo.

Clement se vio tocado en el resorte de la hilaridad con la réplica de Kendall, y soltó una estruendosa carcajada.

—¡Usted es enorme, amigo! —exclamó—. ¡El tipo más astuto y chocante que he visto en mi vida!

Bart alzó las cejas, complacido.

—Mis años de cavileo me ha costado, señor Holmes. —Carraspeó—. ¿Ha traído el dinero? Llevo tres muertos a cuenta y no he visto más que un pequeño anticipo.

Holmes guiñó un ojo.

—Buen golpe, Kendall —Echó mano a la cartera y sacó varios billetes de alta graduación—. Mil dólares por tipo. Tres mil por ahora. ¿De acuerdo?

Kendall puso en práctica ciertas nociones de prestidigitación e hizo desaparecer los billetes en el acto.

—¿Qué decía, señor Holmes?

El hombre que alquilaba a Bart, dijo:

—Me interesa que venga en seguida a Pacific City, El viejo tiene que morir cuanto antes. Sin embargo, ha surgido un pequeño conflicto que me hace variar los planes.

—Explíqueme su problema, señor Holmes —rogó Kendall.

Holmes frunció el entrecejo.

—Se ha dejado caer por Pacific City un *gun-man* acompañado de una señora. Están de paso, pero resulta que el tipo se ha cargado a varios individuos que estaban en deuda con él. —Holmes alzó la cabeza—. Un tipo de revólver de esa especie no me interesa que campee en Pacific City. En el poco tiempo que lleva se ha creado una popularidad que no me gusta. Si Joe Ames apareciera de pronto y usted se lo cargara, estoy seguro de que el *gun-man* hurgaría en el asunto para ver qué había dentro. Es de esa clase de individuos que van por el mundo metiendo las narices en lo que no les incumbe. ¿Entiende, Kendall?

Bart dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—Conozco el paño, señor Holmes. Incluso no me extrañaría que el *gun-man* se llevara algo entre manos. Eso de la señora me está tocando el timbre de alarma.

—A mí también —concordó Holmes—. Es extraño que un *gun-man* se acompañe de una señora de la gran ciudad. Huelo a raro. Y más desde que George lo ha visto cortar florecitas silvestres para la

tía, enfrente de la montaña de bauxita.

Bart aspiró profundamente.

—No pensemos más, señor Holmes —dijo—. Ese *gun-man* parece hecho a mi medida. ¿Quiere que lo ponga en conserva?

Clement Holmes pensó unos segundos y denegó.

—Usted permanecerá a la espera del viejo Ames. Lo del *gun-man* es asunto aparte. No quiero complicarlo a usted para que se destape la olla.

—No entiendo, Holmes.

—El trabajo lo hará otro. Repito que usted está encargado del viejo Ames. Liquídelo en cuanto asome la nariz.

—Como quiera, señor Holmes. ¿Ha pensado en alguien?

Antes de que Clement pudiese contestar, un estrépito de cristales rotos llamó la atención de todos los clientes del *saloon* Diana.

Las cabezas se volvieron hacia un sujeto alto y delgado, de anchos hombros y caderas escurridas adornadas con dos «Colt» muy bajos, que en aquellos momentos estaba plantado ante una mesa ocupada por tres hombres.

Los tres parroquianos, de aspecto patibulario, miraban con fijeza al tipo alto que acababa de barrerles los vasos de la mesa.

—¿Qué tripa se te ha roto, Kid? —dijo el más grueso.

—¿No os han dicho que el licor es sólo para hombres, pequeños?

Se hizo un largo silencio después de la réplica del llamado Kid.

Holmes, Bart Kendall y George contemplaban la escena sin parpadear.

Kendall aclaró a Holmes por la comisura de la boca.

—Ese tipo alto es Kid *Hora Fija.* Un pistolero del que se habla bastante.

—¡Ah! —hizo Holmes.

Y se quedó asombrado ante lo que hacía ahora Kid *Hora Fija.*

Este bebió lo que quedaba de una botella, y de pronto, empezó a pulverizar el líquido en los rostros de los tres hombres.

Hecho esto, Kid se limpió la barbilla con la manga y alzó la cabeza, retador.

—¿Te ha gustado, Pitt? Si no tienes bastante para arrancarte, te mojaré la oreja a ti y a estos dos bastardos.

Pitt rugió encendido de rabia y se incorporó de un salto.

—¡Hijo de perra! ¡Vas a tragarte ese rebozado con plomo!

Kid rió teatralmente.

—Poneos en pie.

Pitt y los dos compañeros se encararon con los ojos centelleantes.

—Tú lo has querido, Kid. Puedes tirar del revólver cuando quieras.

Kid *Hora Fija* empezó a retroceder sin previo aviso, y la gente que se hallaba a sus espaldas le cedió el paso llena de respeto.

Se detuvo a cosa de quince yardas de los tres conocidos, y después de mirarlos a su gusto, introdujo la mano en el bolsillo y sacó un objeto que puso encima del mostrador.

Era un reloj de arena de pequeñas dimensiones.

Los ojos de los clientes se clavaron fascinados en la pequeña ampolla de cristal.

Kendall dijo al oído del perplejo Holmes:

—Es su estilo. Lo he visto otras veces. Ya verá como le gusta, señor Holmes.

Holmes no abrió la boca.

Kid *Hora Fija* señaló el reloj de arena y se dirigió a los tres forajidos:

—Vais a morir a la hora fija, muchachos —dijo—. Cuando la arena de arriba haya pasado abajo hasta el último granito, os abollaré las cacerolas con plomo.

Pitt meneó la cabeza. Los dientes, apretados de indignación.

—Has vivido y vas a morir como un payaso, Kid. Porque vas a torcer el cuello, no lo dudes. Lástima que además hagas el ridículo con tu estúpido reloj.

—Se acerca la hora fija —anunció Kid, como si no hubiera escuchado a sus contendientes.

La arena de la ampolla superior se estaba acabando.

Los resuellos de los circunstantes se interrumpieron.

Un tipo flojo de nervios saltó sin poderse contener y salió disparado a través de la cristalera que daba a la calle.

Nadie prestó atención al estrépito.

El último granito de arena cayó abajo.

Pitt y los dos compinches sacaron en el mismo segundo y apretaron los gatillos.

Pero Kid *Hora Fija* lo había hecho la fracción de segundo anterior, y sus dos «Colt» escupieron fuego y plomo sin descanso.

Pitt perdió la parte superior de la cabeza alcanzado por dos balas, y salpicó a su alrededor una melaza de aspecto repulsivo.

Los otros dos se vinieron abajo, como puestos de acuerdo al sentir los picotazos del plomo, y cuando llegaron al suelo, ya estaban muertos.

Kid desvió la mirada antes de ver los resultados y se acercó al mostrador para recoger el reloj de arena.

Desparramó la mirada por los estupefactos clientes del *saloon* Diana y después de quitarse el sombrero para saludar, empezó a caminar hacia la puerta.

Los circunstantes le cedieron el paso rápidamente.

Kid llegó a los batientes y los empujó.

Salió a la calle, y después de liar un cigarrillo, lo encendió.

—¿Me permite, señor?

Holmes se acercó con un cigarro puro entre dientes.

Kid frunció el entrecejo, pero después de observar lo bien trajeado que iba el del puro, le alargó el fósforo.

Holmes lanzó una bocanada y dijo:

—Le felicito, señor.

—Gracias. Me llamo Kid *Hora Fija.*

Holmes rió.

—Es un curioso apellido —dijo, Y a continuación, agrego—: Tengo un trabajo para usted.

—Un trabajo, ¿eh?

—Se trata de enviar al cielo a un buen amigo —aclaró Holmes, con una sonrisa de negocios.

Kid se levantó el ala del sombrero.

—¡Canastos! ¿Otro encargo? ¡Ya es el tercero que me hacen en el día! Por lo que veo, me estoy poniendo de moda.

Holmes explicó el asunto a Kid *Hora Fija* y éste se mostró sumamente complacido, después de saber el nombre de la futura víctima.

—Se trata de Donald Craig, ¿eh? ¡Vaya! Tenía ganas de enfrentarme con un *gun-man* de esa categoría.

Holmes se masajeó el mentón.

—Quiero que le deje seco. Aunque sea sin filigranas. ¿De acuerdo?

—Tendrá un buen trabajo, señor Holmes. —Kid añadió—: Y sólo

por quinientos dólares. Ya puede estar satisfecho.

—Lo estoy. —Los ojos de Holmes brillaron con fuerza—. Nos veremos en Pacific City para asistir al entierro de Craig.

Kid carraspeó.

—Sólo queda un pequeño detalle, señor Holmes.

—¿Cuál?

—Que afloje ahora los quinientos. Quiero enviarlos a una nena que tengo en El Paso.

Holmes se le quedó mirando y de pronto echóse a reír.

—Se ve que es un sentimental —dijo, al tiempo que sacaba la cartera.

Kid recogió el dinero y tras contarlo un par de veces, lo guardó. Luego, estrechó la mano del hombre que lo alquilaba para liquidar a Craig y se dirigió al caballo.

—Nos veremos este mediodía, señor Holmes.

Clement, esperó a que desapareciese al rodear las últimas casas y algo en su interior le dijo que todo marchaba a las mil maravillas.

En la puerta del *saloon* le esperaban Kendall y George, a quienes explicó el pacto con Kid.

Bart Kendall tosió.

—Si me permite, voy a prepararme para el viaje, señor Holmes.

Recibió la conformidad de Holmes y se introdujo en el hotel Castor.

Subió la escalera y en la primera habitación entró sin llamar.

Los otros dos Kendall estaban tendidos en la cama.

Nat alzó la cabeza.

—¿Te pagó, Bart?

—No pienso darte un centavo. Hemos de reunir un capital para retirarnos algún día. ¿Entiendes?

—¡Tengo un plan con una chica, Bart! —gimió Nat.

—¿Otra mexicana? —gruñó Bart. Y escupió una maldición, yendo a preparar el equipaje.

—Si lo llego a saber hubiera vaciado los bolsillos a las víctimas.

Bart se incorporó con la mirada dura.

—No somos ladrones, Nat. Métetelo en la cabeza. Tu manera de vivir nos traerá disgustos el día menos pensado.

Dicho esto, Bart arregló la maleta convencido de que Nat había resultado la oveja negra de la familia Kendall.

CAPITULO VII

Donald Craig estaba tendido en la cama de la habitación de «tía Anna» cuando de pronto se abrió la puerta impetuosamente y entró Joe Ames.

El vejete se dirigió a la ventana con un rumor de telas almidonadas y atisbo por la ventana.

—¡Que me fríen con pimientos, Donald! —gritó con su voz normal—. ¡Esto es demasiado para mí!

Donald se incorporó a medias.

—¿Qué sucede, Joe?

Ames señaló con un dedo hacia la calle.

—¡Míralo! —exclamó—. ¡Ahí lo tienes plantado esperándome!

Donald lo miró con las cejas fruncidas.

—¿Quién es?

Joe aspiró aire con fuerza.

—¡Un viejo piojoso que me sigue por todas partes! —chilló—. ¡Cada vez que me ve empieza a jalearme! ¡Condenación, te juro…!

Donald soltó una carcajada.

—Conque lo has flechado, ¿eh, «tía Anna»?

—¡Cierra el pico de una vez, Donald!

El joven se apoyó en el respaldo de la cama en un acceso de risa.

—Te queda muy bien esa cofia rematada de encaje, Joe.

Ames abrió un poco el cristal y soltó un escupitajo. Luego se puso a pasear por la habitación, lleno de rabia.

—Anda, Donald —gruñó—. ¡Ríete a gusto! ¡Maldición! ¡Ese viejo pestilente me abordó en plena calle y dijo que no me ha quitado ojo en los dos días que estoy aquí! ¡Un par de horas después me ha salido de improviso en la tienda de al lado y adivina qué ha hecho!

—No lo cazo, Joe.

El joven se retrepó en la cama.

—¡El muy bastardo me ha tirado un pellizco!

Donald se agarró a los barrotes de la cama para no caerse de risa.

Joe agregó, con las mandíbulas apretadas:

—He tenido que sacudírmelo de encima largándole un puñetazo

en plenas narices. Ha dado tres vueltas de campana, pero no ha escarmentado.

—Recalcitrante, ¿eh?

Joe escupió un juramento.

—Hace un momento me ha salido al paso y me ha dicho que después del puñetazo está más turulato que antes. ¡Condenado viejo mugroso! ¡Le voy a...!

—Cuidado, Joe —apuntó Donald—. No debes descubrir quién eres, ahora que la cosa está al rojo vivo.

Joe se revolvió con el rostro enrojecido de ira.

—Te juro que me es más difícil soportar este papel que enfrentarme con el loco de ojos redondos.

—Cálmate, Joe.

—¡Es que no puedo, Donald! ¡Incluso el *sheriff* se ha empingorotado desde que he llegado al pueblo! ¡Te aseguro que hace un rato llevaba el pelo untado de pomada cuando me saludó! Pero ahí no acaba la cosa.

Donald acabó de reír poco a poco.

—¿Todavía más, Joe?

—Y tanto, muchacho. La chica de las verduras me ha pedido consejo respecto a sus vestidos.

—¡Infiernos! ¿La pelirroja Kathy?

—Por lo que me huelo, se dispone a engatusar a algún tipo en perspectiva. ¡Quiere que tengamos una conversación sobre lencería fina!

Donald ladeó la cabeza, divertido.

—¿Crees que saldrás del paso, abuelo?

Joe se rascó la barba un tanto irritada debido a que tenía que afeitarse cada cuatro horas.

—Cada vez que tengo que hacer el papel, me tiemblan las piernas. ¡Infiernos, muchacho! Si llegan a enterarse un día, estoy seguro de que me crucifican en Pacific City.

—Bebe un trago para calmarte, Joe —dijo Donald y le alargó la botella.

Joe la alzó y en aquel momento la puerta se abrió.

Kathy apareció en el hueco de la puerta.

El viejo abrió la boca con su voz corriente.

—¡Que me frían!

La muchacha se sorprendió del timbre de voz y de la presencia de Donald.

—¡Oh, perdón!

Joe rió con su voz atiplada y se tocó la garganta.

—Tengo un poco de ronquera, muchacha. Precisamente me tomaba ahora el jarabe suavizante. ¿Vienes a lo de los vestidos?

Kathy miraba con fijeza al joven.

Este sostuvo la mirada con una ceja tumefacta, ligeramente levantada.

«Tía Anna», volvió a reír.

—Es mi sobrino Donald —señaló a Craig con el pañuelo de encaje fuertemente perfumado.

—Nos conocemos ya, «tía Anna» —sonrió ligeramente Donald.

Kathy respiró con fuerza por la naricilla respingona.

—Sí, nos conocemos —agregó con beligerancia—. Me lo encuentro hasta en la sopa.

Joe rió la salida y guiñó un ojo a Donald.

—Simpática chica, ¿eh? —y se largó al departamento contiguo, donde armó un estruendo en busca de vestidos.

Donald fue hacia la puerta.

Kathy apretó los labios:

—Si llego a saber que tenía que cruzarme con usted habría dejado la visita para otro día. ¿No tiene a nadie a quien matar?

Donald la miró de arriba abajo, cerciorándose de que era estupenda.

—¿No sería posible oírle decir algo agradable, Kathy?

La muchacha sonrió con sarcasmo.

—Lo único agradable que le diría es «adiós», señor Craig. —Y agregó—: No acabo de explicarme la diferencia de educación que hay entre usted y su tía.

—¿De veras?

Kathy dejó ver los dientecillos apretados.

—Ella es una verdadera dama y usted un bruto de marca mayor —espetó—. Me tengo que esforzar en poder creer que son de la misma familia.

Donald mordisqueó el labio inferior para no reír.

—Hemos vivido mucho tiempo separados, encanto.

—Algo tiene que ser. Pero le aseguro que he pensado bastante en

esa repentina asociación entre ustedes

Donald alzó las cejas, interesado.

—Explíquese.

La chica apoyó una mano en la cadera.

—Me han enterado de que van a hacerse cargo de la herencia de su difunto tío. Por lo que veo, el hombre dejó unas valiosas propiedades y la señora Craig se ha visto muy sola.

—Pase eso por alto, que me va a hacer llorar.

—Usted no llora ni con cebolla —dijo Kathy—. El asunto está claro. Seguro que en cuanto usted se ha enterado de la fortuna que tiene en perspectiva, se ha apresurado a acudir al lado de la señora Craig para sacarle lo que pueda.

—Eso está sin freír, encanto —dijo Donald, dispuesto a mortificarla.

—Ya sé que es muy crudo, *gun-man,* pero estamos ante la pura verdad. Usted ha vivido una vida de violencia y desenfado, y mire por dónde se le ha presentado la oportunidad de convertirse en un rico hacendado a costa de su tía Anna. ¿Le va doliendo, Pistolas?

—Sólo veo que le gusta andar metiendo esas naricillas volantes en asuntos que no le incumben, encanto.

Kathy se tocó la nariz instintivamente.

—¿Qué tiene usted que decir de mi nariz? —estalló de pronto.

Donald dejó pasar unos segundos, mientras calculaba las consecuencias de que el secreto quedaría bien cubierto.

—Tengo que decir que no ande olisqueando en casa ajena. Resulta peligroso.

Kathy sonrió aviesamente.

—Ya sé por dónde va, *gun-man.* Lo que teme es que le he visto el plumero y puedo hacerle una indicación a su tía. No le gustaría nada que me encargara de abrirle los ojos a la señora Craig.

Joe armó un estruendo en el pequeño cuarto al oír el diálogo.

Donald se quedó momentáneamente sin habla pensando que las mujeres eran el mismísimo diablo para enredar las cosas.

—Kathy —dijo Donald—. Tiene usted dentro de esa cabeza una lata de agua hirviendo.

—¿Cómo? —se enfureció la chica.

En eso apareció Joe con un montón de vestidos.

Donald abrió la puerta.

—Les dejo con sus trapos.

Dicho esto, salió.

Kathy reaccionó, pero Donald había cerrado la puerta y dejó el florero en el estante.

—Su sobrino es un sujeto la mar de desagradable, Volveré más tarde. No estoy de buen humor.

Joe puso los ojos en blanco.

—Eso es lo mismo que decía yo de mi Albert —dijo con voz de contralto—. ¡Pero lo pesqué!

Cuando Kathy salió, Joe se dejó caer en la silla y se atizó la media botella que le quedaba.

CAPITULO VIII

Craig se encontró con el *sheriff* en el piso de abajo, junto al mostrador de bebidas.

—Tenía ganas de verte, Craig.

—¿Alguna novedad, *sheriff*?

Donald comprobó que lo dicho por Joe era cierto.

Hoffman iba bien peinado y su escaso cabello brillaba de pomada.

—He telegrafiado a mis colegas, en la capital del condado, y me ha dicho que le haga entrega de una recompensa por haber liquidado a la banda de Lewis.

—Le agradezco su interés por mí, *sheriff*.

Hoffman sonrió con cierto embarazo.

—La verdad es que usted... ¡Ejem!, y su tía forman una pareja muy pintoresca en Pacific City.

—¿Sí, sheriff?

—Todos estamos muy bien impresionados con ustedes. El señor Holmes prepara una velada en el Club Femenino en honor de la señora Craig.

—Un detalle —comentó Donald.

Hoffman carraspeó.

—Su tía es muy simpática, Craig.

—Mi tía, ¿eh?

Donald sirvió un par de vasos de la botella que acababa de depositar en el mostrador.

—Sí, Craig. Usted no se queda corto en cuanto al otro lado de la cuestión. Ha demostrado ser un *gun-man* excelente al lado de la ley.

Un individuo delgado de anchas espaldas que estaba cerca del *sheriff* y de Donald se volvió y dijo con sarcasmo por la comisura de la boca:

—Este tipo ha demostrado ir de parte de la ley, es cierto, *sheriff*. Pero eso le va a costar un disgusto dentro de la «hora fija».

Craig se volvió hacia él y lo estudió detenidamente.

Hoffman se quedó con la boca abierta.

Entonces, el alto, agregó:

—Y en cuanto a usted, *sheriff* —alzó el vaso para brindar en silencio—, es la primera vez que he visto que un representante de la

autoridad le gaste pamplinas a un *gun-man,* aunque éste sea de pacotilla. Según dicen las malas lenguas, se debe a que usted le gasta la rosca a la tía del pollo.

—¡Más respeto! —aulló Hoffman.

Donald se apartó suavemente y se encaró con el sujeto maleducado.

—¿Qué clase de cerdo es usted?

—Me llamo Kid *Hora Fija* —anunció el tipo alto, con voz un poco más alta de lo debido.

Donald extrajo el reloj del bolsillo y lo consultó de una ojeada.

—Pues me parece que va adelantado. Usted está chiflado, amigo.

Kid lo encontró gracioso y rió con fuerza.

—¿Sabe una cosa, Craig?

—Cualquiera sabe qué piensa una cabeza apepinada como la suya, Kid.

—¡Pues que no pensaba pasar un rato tan bueno con usted! ¡Estoy por alargar el tiempo para que no muera en seguida!

Donald Craig ladeó la cabeza.

—De modo que va a matarme.

Kid asintió lleno de suficiencia.

—Sí, matasiete. Precisamente he venido de lejos por eso. Y crea que me comían las ganas mientras venía por el camino. Un *gun-man* que se deja jalear por este vejestorio de *sheriff,* debe morir.

Los clientes del local se codearon unos a otros prestando atención al diálogo que se desarrollaba en las mismísimas narices de Hoffman.

—¿A qué se debe mi sentencia, Kid? —preguntó Donald, apoyando un codo en el mostrador.

Kid apuró el vaso y lo dejó caer en el suelo.

—Se debe precisamente a eso de ponerte de parte de la ley —dijo —. Usted se ha cargado a unos cuantos chicos de revólver, sin respeto de ninguna clase. Las pandillas del condado están empezando a inquietarse y..., ¿a que no adivina lo que han hecho?

—Me he dejado la bola de cristal en casa —replicó Donald, empezando a impacientarse-

—Pues han organizado una colecta para pagar al mejor pistolero. Se han hurgado los bolsillos y han contratado al hombre por contribución popular.

—Y apuesto a que usted es el hombre, ¿eh, Kid *Hora Fija?*

—Exacto, pimpollo. Yo soy el hombre que le va a dar el pasaporte ahora mismo. En cuanto suene la «hora fija».

Donald carraspeó.

—Ya le dije que voy adelantado. ¿Qué hora es?

Kid escarbó en el bolsillo del pantalón y sacó su reloj de arena de pequeñas dimensiones. Jugueteó con él mientras dedicaba una sonrisa llena de jactancia al *gun-man.*

—Yo se la diré, Craig —dijo—. Lo voy a dejar exacto. ¿Ve este chisme?

—No estoy ciego.

—Pues bien, pimpollo —agregó Kid, mientras le buscaba un sitio bien visible en el mostrador—. En cuanto la arena del reloj haya pasado a la ampolla de abajo hasta el último grano, usted recibirá un plomo en la mismísima azotea.

Donald no respondió de inmediato.

Un profundo silencio se había adueñado del local, repleto de público, y los que estaban más cerca empezaron a apartarse, movidos por el instinto de conservación.

Hoffman boqueaba, sin poder articular palabra, y finalmente optó por cerrar las fauces pegando una dentellada de furia.

Craig dijo:

—Bien, Kid. Veamos esa «hora fija».

—Usted no la verá.

Kid empezó a retroceder inesperadamente y los que lo veían se quedaron llenos de sorpresa.

Luego trasladaron la mirada al reloj de arena que dejaba caer los minúsculos granos a una velocidad endiablada.

Donald retrocedió a su vez, alerta a los movimientos de Kid *Hora Fija* y su maldito reloj.

Los ojos dilatados del *sheriff* bailaban de un contendiente a otro. Pasó la lengua por los resecos labios al ver que el tiempo pasaba aprisa.

Quedaba la cuarta parte de la ampolla llena de arena.

Craig recordó haber oído hablar de Kid *Hora Fija* como uno de los pistoleros más diestros que actuaban a sueldo en Texas. El tipo llevaba dos pistolas, una más baja que la otra, resultado de intrincados cálculos para obtener mayor velocidad en el «saque».

La arena de arriba tocaba a su fin.

Kid ensanchó la sonrisa, mostrando una dentadura de dientes grandes, caballudos, que hacía juego con su larga cara.

El último grano de arena cayó marcando la «hora fija».

Donald y Kid tiraron de los revólveres al mismo tiempo en sendos movimientos sincrónicos que emborronaron las imágenes de los «Colt».

Sonaron dos disparos en la primera centésima de segundo.

El proyectil de Donald se metió por entre los dientes de Kid, los hizo estallar y el plomo continuó su camino hacia el interior de la cabeza del pistolero, donde produjo un segundo estampido con proyección hacia los lados de substancias grasientas y viscosas.

Entretanto, el plomo de Kid rozó los cabellos de Donald y clavó al fondo el sombrero de un viejo curioso que sufrió un desmayo.

El cuerpo de Kid, llegada su «hora fija», fue rebotando por las mesas y quedó ensartado en el eje de la rueda de apuestas numeradas, que en aquellos momentos marcó trece.

Pasó un minuto largo antes de que nadie recobrara el aliento.

Donald enfundó el «Colt» lentamente, y después de sacudir la cabeza para aprobar sus propios pensamientos, se dirigió al mostrador donde se sirvió un whisky doble.

Hoffman se dejó caer sobre él.

—¡Santo cielo, Craig! —exclamó presa de nerviosismo—. ¡Usted tiene un pedazo de hielo por corazón!

—Beba, *sheriff* —dijo Craig.

Hoffman apuró el vaso de un golpe y resolló:

—¡En mi vida he visto un trabajo más completo que el que acaba usted de hacer! ¡Empezaba a apostar por Hora Fija!

—Era la hora fija de Kid —repuso Craig.

Y al levantar el vaso, desplazó el reloj de arena, que se estrelló en el suelo.

CAPITULO IX

Clement Holmes besó en el cuello a la rubia Blanche Mioni.

—Me haces cosquillas, Clement —dijo Blanche, riendo.

Clement se apartó de la joven, tomándola de las manos.

—Eres un portento, criatura.

Blanche, esbelta y hermosa, hizo un gesto de coquetería.

—Tú también eres un buen mozo, Clement.

Holmes se esponjó.

—Creo que somos tal para cual.

Los dos estaban de buen humor. Blanche, porque cada día veía más cerca la posibilidad de que Holmes la convirtiese en su mujer, y éste, porque su negocio particular para ser el rey del aluminio, iba por buen camino. A aquellas horas, dos hombres, estarían a punto de morir. Primero, el *gun-man* Donald Craig, a quien Kid *Hora Fija* daría muerte, y luego quedaría Joe, del que se encargaría el maravilloso Bart Kendall.

Blanche Mioni había llegado dos meses atrás a Pacific City, contratada ventajosamente para actuar en uno de los más importantes *saloons* de la localidad. Desde el primer momento se dio cuenta del impacto que sus curvas producían en el ánimo de Clement Holmes.

Estaba ya por los veintisiete años y había rodado mucho desde aquel día en que se fugó de su casa con un vendedor de botones. Ella se había dicho muchas veces que un día u otro terminaría por cazar a alguien con mucha plata y que al propio tiempo fuese un tipo que tuviese buen físico. Holmes daba el peso. Era altanero, no mal parecido y ambicioso. Sí, formarían una gran pareja.

—Tengo que marcharme, Clement —dijo.

—No te vayas todavía.

—He de actuar en el local. Y tendré que seguir haciéndolo, a menos que alguien desee que sólo represente para él...

Puso mucha intención en sus palabras y por añadidura, hizo una caída de párpados.

Clement sintió las fauces secas. ¡Demonios! Aquella mujer sabía

cómo trastornarle.

La rodeó por la cintura y, atrayéndola contra sí, la besó suavemente en los labios.

De repente, la puerta se abrió de golpe y el capataz de Holmes, George Smith, entró en la habitación como una tromba.

Clement se apartó nuevamente de la muchacha, rezongando al ver a su empleado:

—¿Qué forma de entrar en mi despacho es ésta, George?

—Lo siento, jefe —tartamudeó el recién llegado—, pero las noticias que le traigo son tan graves que me han hecho olvidar todo lo demás.

—¿Noticias graves? —repitió Clement, frunciendo las cejas.

George miró a la rubia.

—¿No será mejor que se lo diga a solas, jefe?

—Descuida. Ella está al corriente.

George hizo una mueca con lo que quería dar a entender que no aprobaba eso de que su patrón confiase en una mujer.

—Está bien —respiró hondamente—. El *gun-man* ha salido victorioso.

—¿Te estás refiriendo a Donald Craig?

—Sí. Acabó con Kid *Hora Fija.*

Holmes abrió la boca en gesto de incredulidad.

—¿Cómo lo ha podido conseguir?

—Ese Craig es el mismo demonio.

—Déjate de historias. Seguro que Hora Fija se confió.

—Es posible. Lo oí hablar y parecía que la cosa le iba a resultar muy fácil.

—Ojalá esté en el infierno.

—Seguro que le dieron un boleto para ese lugar. Puede estar tranquilo —sonrió el capataz.

—No me hacen gracia tus chistes, George.

—Perdón, jefe.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Holmes.

En la habitación entró un hombre de unos treinta años de edad, rubio, muy alto, de facciones extremada mente correctas. Su indumentaria estaba llena de polvo y sú sombrero conservaba las huellas del viaje.

—Hola, socio —saludó, tendiendo la mano a Clement.

Este se la estrechó.

—¿Cómo estás, Paul? —preguntó Blanche.

—La mar de bien, ya lo ves. A ti no hace falta preguntarte —sonrió—. Cada día estás mejor.

Clement rió, pasando un brazo por los hombros de Blanche.

—Te lo puedo jurar.

Todos rieron, pero luego Paul London quedó repentinamente serio.

—¿Está todo solucionado?

—Casi —respondió Clement.

—¿Qué es eso de casi?

—Sólo queda un socio, un tal Joe Ames.

—Justamente el más viejo. ¿Por qué no lo has hecho desaparecer lo mismo que a los demás?

—Se nos escurrió entre los dedos.

—Eso no está bien que lo digas tú, Clement.

—Maldita sea, me he ocupado de que el asunto marchase bien.

—Eso sí que tiene gracia —dijo Paul—. Yo me he largado a Saint Louis para asegurar la venta del aluminio. He logrado buenos contratos. Los traigo en mi valija y sólo falta que los firmemos. Y ahora resulta que todavía no está en nuestro poder la tierra que produce el mineral.

—Será cuestión de muy pocos días, quizá de horas.

—Explícamelo todo, Clement.

Holmes explicó a su socio de qué forma había llevado el asunto para desembarazarse de Patrick Drew, Carter White y Bob Champion. Encomió las excelencias de Bart Kendall, un pistolero que muy pronto sería más famoso en la unión que el propio Jesse James. También habló de la seguridad que tenía Bart en que Joe se hallaba en Pacific City, así como de la interferencia habida de aquel *gun-man,* Donald Craig, quien sin saberlo estaba obstaculizando sus planes, como lo pregonaba el hecho de que acabase de liquidar nada menos que a Kid *Hora Fija.*

Paul London escuchó atentamente todo cuanto le decía su socio, y cuando éste hubo terminado, comentó:

—Bueno, no están tan mal las cosas como pensé hace un rato. Si ese Bart Kendall es la mitad de bueno que dices, eliminará muy

pronto a Joe Ames. En cuanto al *gun-man,* no creo que sea tan importante como crees. Incluso yo me decidiría a dejarlo que viviese. No veo ninguna relación entre él y lo nuestro.

Holmes soltó una risita sarcástica.

—Quizá cambies de opinión.

London enarcó las cejas.

—¿Por qué he de cambiar de opinión?

—Ese muchacho, Donald Craig, ha conocido a Kathy Benson.

Instantáneamente, los ojos de London brillaron con nuevo resplandor.

—¿Donald Craig y Kathy?

—Sí, Paul. Y yo no entiendo de mujeres o a ese tipo le ha gustado ella.

London cerró el puño izquierdo y se observó los nudillos hasta verlos blancos. En esa posición, su voz sonó ronca:

—¿Qué me dices de ella?

—No ha hecho más que pelear con Donald Craig, pero ya conoces el refrán. El odio engendra el amor.

—¡Basta!

—Lo siento, pero sólo he querido darte noticias acerca de la mujer con la que quieres casarte.

—No puede ser de nadie más que de mí.

—Eso pensé, pero ahora...

—Ahora las cosas continuarán lo mismo que siempre.

—Lo celebraría por ti y por mí.

Paul London se mantuvo unos segundos pensativo. Luego dijo:

—Traje conmigo un buen pistolero, por si nos hacía falta. El será quien se encargue de Craig.

—¿Quién es?

—Roger Travis.

—¿No es ése el que liquidó a cuatro tipos el mes pasado en Centerville, al sur de Tejas?

—Sí. Su duelo fue muy sonado. Lo trajeron todos los diarios. Travis tuvo que venir huyendo y lo he contratado por muy poco dinero. Ya sabes que siempre me han gustado los buenos negocios.

—Me gustaría verle la cara.

London hizo un gesto afirmativo.

—Anda, George, llégate al porche y dile que entre.

El capataz salió de la estancia y al poco rato regresó acompañado por un tipo de cabello rojizo y cara pecosa Su cabeza era muy pequeña, la frente estrecha y sus ojos parecían estar pegados uno al otro. Después de mirar a los dos hombres, prestó atención a la rubia y sus labios sonrieron.

Clement observó aquel detalle y no le gustó.

—Tenga cuidado con lo que mira, Travis.

—Yo sólo miro lo que tengo delante —dijo el forajido, con voz irritada—. Y lo que hay ahora es de primera calidad.

Clement empezó a enrojecer y fue a decir algo, pero London lo interrumpió con un gesto.

—Cálmate, Holmes. Y tú será mejor que lo sepas desde ahora, Travis. Clement Holmes es mi socio.

—¿He hecho yo algo malo? —retrucó el asesino.

—Vayamos al grano —dijo London—. Apenas hemos llegado y ya tienes trabajo.

—¿A cuántos he de matar?

—Sólo a uno.

—Me vendrá bien para romper la monotonía de estos tres días de viaje. Deme su nombre o su descripción y señáleme dónde puedo encontrarle.

—Nuestro capataz, George, te acompañará a la ciudad. Es allí donde se encuentra el hombre al que tienes que ultimar.

—Muy bien. —Travis caminó hacia la puerta, pero antes de salir volvió la cabeza resbalando la mirada otra vez por el curvilíneo cuerpo de Blanche—. Sí, señor. Es lo que dije antes. ¿Qué culpa tengo yo si es una mercancía de primera calidad?

Salió de la estancia seguido de George, antes de que Clement soltase una maldición.

Cuando los dos socios y la mujer quedaron solos, Holmes dijo:

—No me gusta ese tipo.

—No te preocupes. Cuando no nos sirva, nos libraremos de él.

—Hubiese preferido que él se hubiese marchado y que Bart Kendall corriese con todo el gasto.

—Has dicho que Bart Kendall cobra mil dólares por un fiambre. ¿Sabes cuál es el trato que hice con Roger Travis? Cien dólares por cada tipo que retire de la circulación. Sólo con su primer trabajo, Roger Travis nos va a ahorrar novecientos dólares.

Clement se rascó la mejilla.

—Bueno, teniendo en cuenta ese punto de vista, creo que es un buen negocio. Pero te tomo la palabra, Paul. Cuando no nos sirva..., ¡al infierno con él!

Paul sonrió.

—No consentiré que nadie se interponga entre Kathy Benson y yo... —Distendió los labios en una sonrisa—. Kathy Benson... Estoy deseando verla.

CAPITULO X

Kathy Benson estaba apilando las patatas en el cobertizo, cuando una sombra apareció en la puerta.

Volvió la cabeza, observando en el hueco a Red, el cual estaba a torso desnudo mirándola fijamente.

—¿Has arrancado las zanahorias que te dije, Red?

—Sí.

—¿Regaste los tomates?

—Sí.

—Muy bien, Red. Llévalo todo al carro. Nos vamos a la ciudad dentro de un rato.

Pero Red no se movió del lugar en que se encontraba.

—¿Es que no me has oído, Red?

El hombretón se puso en movimiento, pero no lo hizo para marcharse, sino que penetró en el cobertizo.

—¿Qué te pasa, Red? ¿Es que se te ha endurecido el oído?

Red se puso a reír.

—Lo he oído todo, Kathy.

La joven se enderezó.

—Bien, en tal caso, será mejor que salgas de aquí y que hagas lo que te he dicho.

—¿Sabe que he pensado mucho en usted, Kathy?

Kathy se dijo que algo marchaba mal.

—Sal de aquí, Red.

—Sí, señor. He pensado mucho en usted. Hace mucho calor estas noches y apenas puedo dormir. Eso me ha dado ocasión para recordarla.

Kathy pensó en aquel día, tres meses atrás, en que Red llegó a la granja. Anteriormente, había tenido braceros y siempre ocurrió lo mismo. Tuvo que prescindir de ellos porque llegaba un momento en que querían establecer demasiada confianza con ella. Era su sino. Red no había escapado a la regla general. El *sheriff* se lo había advertido muchas veces. Ella necesitaba casarse, tener un marido que la pudiese ayudar en ciertas coyunturas.

Apretó la empuñadura de la horca.

—Apártate de mí, Red.

El hombretón se detuvo, poniendo los brazos en jarras.

—Voy a casarme contigo, Kathy.

—¿Qué es lo que dices? ¿Es que te has vuelto loco?

—Seré tu marido y ya puedes estar segura de que no habrá otro como yo en la comarca.

—Oye, Red. Agradezco mucho ese detalle, pero siento decirte que voy a continuar soltera.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo quiera. No es cuestión tuya.

—No, Kathy. Te equivocas. Va a ser asunto mío.

—Vayamos a la casa, Red.

—¿A qué tenemos que ir?

—Te debo dieciséis dólares. Te los pagaré y te marcharás. Ya no te necesito.

—Me necesitas un rato, dulzura. Hay mucho que hacer en este campo. —Se tocó el pecho con el puño produciendo un sonido hueco—. Y yo soy fuerte. Nunca he estado enfermo. Vas a hacer un buen negocio conmigo siendo mi mujer.

—¡Fuera, Red!

—Deja esa horca.

—Si das un paso más, te la clavo en el vientre.

—No te atreverías a eso —sonrió jactanciosamente Red.

—Acércate y verás.

Red descolgó los brazos sin dejar de sonreír.

—Ahora lo veremos.

Dio un paso y Kathy levantó la horca y los agudos dientes apuntaron al cuerpo de Red.

—No me obligues a hacerlo, Red.

El bracero siguió andando hacia ella, y entonces Kathy retrocedió.

Continuaron así durante un rato. El avanzando. Ella huyendo de él. Hasta que Kathy llegó ante la pared.

—Te lo ordeno, Red. ¡Márchate!

Pero él se abalanzó sobre ella.

Kathy impulsó hacia delante la horca, pero Red salió a un lado habilidosamente y atrapó la empuñadura. Luego sólo tuvo que dar un tirón fuerte y Kathy quedó sin su arma.

Red arrojó lejos de sí la horca.

—¡No intentes ponerme la mano encima! —gritó Kathy.

Red se arrojó sobre la joven, quien le recibió soltándole un puñetazo a la cara.

Red la tomó por los brazos, al tiempo que reía.

—Vamos, no seas tan orgullosa. Después de todo, habrás pensado alguna vez en mí como hombre.

—¡Me das asco, Red! ¡Me das asco!

Red la enlazó por la cintura, atrayéndola contra sí a pesar de los esfuerzos de la joven por escapar.

De pronto llegó una voz:

—Buenos días.

Instantáneamente, Red dejó libre a la muchacha y volvió la cabeza. Kathy resbaló cayendo en el suelo. Desde allí observó a Donald Craig que era el hombre que acababa de aparecer a la entrada del cobertizo.

Red demudó el semblante.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, Craig? —inquirió con ojos furiosos.

—Pasaba por estos andurriales y me llegué a beber un vaso de agua.

—Vaya a otra parte.

—¿Es que no tienen aquí?

—La tenemos. Pero no para usted.

Donald chascó la lengua.

—Eso no está bien, Red. Y de paso le diré otra cosa. Tampoco me ha gustado lo que estaba haciendo con la muchacha.

—Eso es algo que a usted le debe tener sin cuidado, Craig.

Donald se introdujo en el cobertizo, andando muy lentamente, paso a paso.

—Hay tipos a los que desprecio por encima de todo, los fulanos que se aprovechan de su fuerza y de su corpulencia cuando se hallan a solas con una mujer.

—Usted es un entrometido, Craig. Y yo le diré lo que le conviene. Lárguese antes de que lo parta en pedazos.

—¿Te olvidas de que tengo una pistola?

—Yo no tengo revólver. Y usted no es de los que matan a sangre fría.

—Te crees muy listo, ¿verdad, Red?

—Lo soy. Mi habilidad son los puños y por eso no quiero usar armas. Usted los mata con plomo. Yo los parto por la mitad con la fuerza de mis brazos.

Acompañó a sus palabras con un gesto expresivo de las manos.

Avanzó sobre Donald y éste desenfundó el «Colt».

Red se detuvo observando el arma.

—Ande, conviértase en un asesino.

—¿De qué estás hablando, Red? Sólo lo he sacado para desprenderme de él.

Donald arrojó el revólver hacia el montón de heno que había a la izquierda.

De esa forma, los dos hombres quedaron frente a frente, desarmados.

Red volvió a reír.

—No puedo creer en mi suerte.

—Aquí me tienes, Red. Y ya no hay ningún «Colt» que pueda asustarte.

Kathy seguía sentada en el suelo.

—¡No hagas esa locura, Craig! —exclamó—. ¡Atrape de nuevo el revólver! ¡Red cumplirá su palabra de hacerle pedazos!

El grandullón lanzó una risotada.

—¿La oye, Craig? La muchacha es adivinadora. Le acaba de leer el futuro.

Inmediatamente disparó su derecha contra la cara de Donald.

Craig se dio mucha prisa en doblar la cabeza, pero no pudo burlar totalmente la acometida y el puño de Red se estrelló en su cuello.

Dio una vuelta sobre sí mismo y se derrumbó en el suelo.

Por fortuna para él, Red estaba demasiado engreído y no acudió a rematarlo.

Kathy lanzó un grito.

—¡Tome ahora el revólver, Craig! ¡No se demore más!

Pero Donald se puso en pie y no hizo ningún movimiento para ir en busca de su arma.

Red avanzó sobre el joven.

—Le voy a romper primero unas cuantas costillas. De esa forma quedará sin respiración. Luego podré continuar tranquilamente con

el programa.

—¿En qué consistirá, Red?

—Le partiré un brazo en dos, y para que haga juego le quebraré también la pierna de ese lado.

—Adelante, Quebrantahuesos.

Red disparó la izquierda, pero esta vez el joven flexionó rápidamente la pierna, y de esta forma tuvo delante el estómago de Red, el cual golpeó cuatro veces, dos con la derecha y dos con la izquierda. Entre el primer puñetazo y el último apenas hubo la diferencia de un segundo.

Red se vino hacia adelante, mientras su rostro se ponía cárdeno y por la boca dejaba exhalar hasta la última brizna de aire que contenía su pecho. Sin concederse descanso, Donald lo levantó golpeándole con la zurda en el mentón. Como no podía ser menos, Red obedeció al mandato, y en esa posición, Donald lo volvió a cazar con un directo entre los ojos.

El gigantón se desplomó a peso muerto y quedó inerte en el suelo.

Craig se apoyó en la pared resoplando, mientras recuperaba el resuello. Kathy se puso en pie y quedó mirando al inmóvil Red.

—Es increíble. Lo ha dejado fuera de combate.

—Pudo suceder al revés, y usted lo hubiese pasado mal por su culpa —repuso Donald.

—¿Qué es eso de por mi culpa?

—¿Es que no se ha mirado al espejo? Es una mujer demasiado seductora.

La joven parpadeó.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que me disfrace de señora gorda?

—Debió casarse.

—¿Otro con la misma canción? Esa sí que es buena. Parece que todos se han puesto de acuerdo para que yo me case.

—Si tuviese un marido, no le ocurrirían esas cosas.

—Suponga que me enamoro de un tipo esmirriado. ¿No sería lo mismo?

—Hay tipos esmirriados que manejan bien el revólver.

—Ya salió. Siempre el revólver.

—Por desgracia, en esta tierra es un artículo de primera necesidad.

—No quiero a un pistolero como marido —dijo ella levantando la barbilla.

—Sé por dónde van sus tiros, monada. Quiere dar a entender que no se casaría conmigo ni aunque le mostrase el bolsillo lleno de oro.

—Acertó, *gun-man*.

—Está bien. Cásese con quien quiera, pero hágalo pronto o tendrá que vérselas más de una vez con sus braceros.

—Lo haré cuando me dé la gana.

—Es usted una chica muy impulsiva, pero cualquier día se arrepentirá de no hacer caso a un consejo desinteresado.

—¿Desinteresado? ¿Es que me va a hacer creer que vino aquí realmente en busca de un trago de agua?

Donald se pasó el dedo por debajo de la nariz.

—Bueno, reconoceré que junto con el trago de agua quería verla a usted.

—¿Por qué?

El hizo una pausa.

—Soy de carne y hueso como los demás. A todos los hombres nos gustan las mujeres bonitas, aunque hay algunas que llevan un cartel en el que se puede leer: «Ver, pero no tocar».

—Y yo llevo ese anuncio, ¿verdad?

—Lo lleva con las letras más grandes que he visto en mi vida.

Kathy se miró el regazo como si quisiera cerciorarse de que, efectivamente, llevaba el cartel al que Craig se refería, pero luego alzó rápidamente los ojos, diciendo con voz irritada:

—Es usted muy ingenioso, señor Craig. Pero a mí no me hace ninguna gracia.

—Muy bien. Ya me voy.

—¿Sin el agua? No lo consiento. Iba a beber un trago. ¿No lo recuerda? La tendrá.

La joven salió del cobertizo y a poco regresó con una garrafa que tomaba por el asa. La pasó a Craig, quien destapándola, se la echó sobre el hombro y bebió un par de tragos.

Finalmente, la devolvió a su dueña.

—Gracias, Kathy. Es usted muy amable.

—Dicen por ahí que soy un cactus. Eso le demostrará que se equivocan.

¿Cree que porque me ha dado agua va a desmentir su fama?

—¿Se le ocurre otro procedimiento?

—Sí.

—¿Cuál?

—Este.

Los dos habían quedado muy cerca, de modo que Craig sólo tuvo que dar un paso hacia ella, atraparla y besarla fuertemente en los labios.

La garrafa escapó de las manos de Kathy golpeando contra el suelo. Luego dio un empellón al pecho de Craig.

—¡Farsante del infierno!

—¿Lo ve usted?

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Sigue siendo un cactus.

—Usted se refirió a que yo tenía un cartel, ¿lo recuerda? «Ver y no tocar».

—Acabamos de hacer una prueba. Es por lo que la he besado y el ejercicio ha resultado altamente significativo. Sigue siendo un cactus.

—¡Maldita sea...! ¡Le voy a...!

Donald le volvió la espalda y caminó hacia el lugar donde había dejado su revólver. Estaba agachado, tomándolo, cuando oyó una voz:

—Deje ese revólver quieto, pistolero.

Pero Donald no se estuvo quieto. Ya había atrapado el arma. Se arrojó al suelo dando una vuelta y disparó sobre el hombre que había en la puerta.

La bala golpeó contra el revólver que Paul London empuñaba y éste quedó desarmado.

Luego, Craig se puso en pie de un salto.

Todo había sucedido muy aprisa. Kathy, con los ojos muy abiertos, exclamó:

—¡Paul! ¡Santo cielo, ha podido matarte!

El rubio Paul, socio de Holmes, había quedado sin habla tras el disparo.

—¿Quién es ese tipo?

—Un conocido. Los presentaré. Donald Craig... Paul London.

Donald preguntó:

—¿Es su amigo, Kathy?

—Sí, lo es. Y no ha debido disparar contra él.

—Fue el primero en amenazarme. Me estoy encontrando con demasiada gente que quiere enviarme al otro mundo y pensé que él tendría el mismo interés que los demás.

—Tiene usted mucha puntería, señor Craig. Pero, como dice Kathy, pudo matarme.

—No tiré a matar —lo corrigió Donald.

—¿Intenta hacerme creer que tiró contra el «Colt»?

—Créalo o no, fue así. Cuando volví la cabeza en el suelo, observé el brillo de su arma y eso me sirvió para enviarle el plomo.

London sintió un escalofrío en el espinazo. ¡Demonios! Aquel tipo era mucho mejor de lo que él había supuesto. Celebraba para sus adentros haber tomado medidas para que Roger Travis acabase con Craig. Observó la cara de Red, que parecía haber sido golpeada por una mula. Justamente ahora, el bracero empezó a incorporarse soltando gruñidos.

Al fin pudo enfocar la imagen de Donald y entonces exclamó:

—No se vaya, Craig. Todavía no he terminado con usted.

Donald le apuntó con el revólver.

—No habrá más pelea, Red. Me cansé de pegarle.

Red exclamó, furioso:

—Me pilló desprevenido.

—Tiene mal perder y eso es una cosa muy fea. Pero ahora se acabó la cháchara. ¿Quiere despedir a este hombre, Kathy?

—Desde luego —dijo la joven. Se buscó en el bolsillo del delantal y extrajo unos billetes—. Aquí tienes, dieciséis dólares, Red.

El empleado titubeó unos segundos, pero por último se decidió a tomar el dinero de la joven. Luego echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo junto a Paul London.

—Esto no acabó. Volveremos a vernos, Craig.

—Sería mejor para usted que eso no ocurra —contestó el joven.

Red dio media vuelta y salió del cobertizo.

Paul London sentía que la rabia le corroía las entrañas. Estaba claro que aquel muchacho, Donald Craig, habría ganado muchos puntos a los ojos de Kathy. La había librado de aquel energúmeno de Red, y por si faltaba algo, lo había desarmado a él, Paul, de la manera más ridícula.

Donald hizo girar el revólver en el índice y lo devolvió a la

funda.

—Me marcho, Kathy —agregó con cierto retintín—: Celebro haber hecho algo por usted.

—Gracias —dijo ella, con voz débil.

Donald se puso en movimiento y al llegar junto a London, dijo:

—Fue un placer, señor London.

—Lo mismo digo, Donald.

Inmediatamente, quedóse mirando fijamente a la cara de la muchacha y dijo con una sonrisa:

—Al fin te puedo ver después de muchas semanas.

—Yo también me alegro de verte a ti.

Paul caminó hacia ella y se detuvo a su lado.

—¿Cuál es la respuesta?

—¿Cómo?

Paul se sintió otra vez irritado. Habían acordado los dos que cuando él regresase de su viaje a Saint Louis, ella le daría una respuesta definitiva respecto a su matrimonio.

—¿Es que no lo recuerdas, Kathy?

Kathy se mordisqueó el labio. Sí, ahora sabía a lo que él se refería. Era cierto que por unos instantes lo había olvidado.

—Perdona, Paul, pero sigo pensando en que es muy pronto para casarme.

—¿Es que me rechazas?

—No es eso, Paul. Soy todavía muy joven, y cuando dé ese paso, quiero estar segura.

Paul se dijo que debía proceder con astucia. Ya se había dado cuenta de cómo estaban las cosas. Clement Holmes, su socio, había acertado en su pronóstico. Kathy se interesaba por aquel *gun-man.* De eso no tenía ahora ninguna duda. Lo había visto a los dos mirarse. No, no le convenía insistir acerca de su boda. Pero cuando Donald Craig no existiese, y eso era cuestión de horas, quizá de minutos, las cosas estarían mucho mejor para él.

—Está bien, Kathy. No quiero ser pesado.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Gracias, Paul —le tomó una mano—. Eres el mejor amigo que tengo.

Paul sintió deseos de abrazarla y de besar sus labios, pero pensó que eso podría ser demasiado comprometido. Kathy sacaría a relucir

su genio. ¿Por qué precipitarse cuando el premio estaba tan cerca?

—¿Qué vas a hacer ahora sin Red?

—El hijo de los Kayne se me ofreció la semana pasada.

—Sólo tiene dieciséis años.

—Pero es muy trabajador y está muy desarrollado. No lo tomé antes por parecerme demasiado joven, pero ahora ha llegado el momento. Es un buen chico. No tendré los quebraderos de cabeza que me han dado los demás.

—Sí, creo que es una buena idea. Bueno, Kathy. Ahora me tengo que ir.

Tenía verdadero interés en marcharse al pueblo para ver de qué forma Roger Travis acababa con Donald Craig.

Apretó la diestra femenina y echó a andar.

—¡Ah, Kathy! —dijo, volviéndose—. Mañana es el baile de la Asociación de Agricultores. Imagino que querrás ir.

—Sí, Paul.

—¿Te parece bien que venga a recogerte a las seis?

—De acuerdo, Paul.

London le sonrió y salió fuera.

Kathy quedó inmóvil en el cobertizo y ni siquiera se dio cuenta de la cabalgada de Paul London. Estaba pensando en Donald Craig. ¿Qué le pasaba con aquel hombre? Debía admitir que era distinto a todos los demás que había conocido, aunque también fuese muy atrevido. ¡Demonios! Hasta entonces, nadie la había besado. Muchos lo habían intentado, pero ella se dio siempre mucha maña para mantenerlos lejos.

Se tocó los labios con las yemas de los dedos, suavemente. Sí, Donald Craig había sido el primero en besarla, y, caramba, de buena gana le hubiese pedido que lo hiciese por segunda vez.

CAPITULO XI

Donald Craig entró en su habitación del hotel y encontró a Joe Ames ante el espejo, vestido con sus ropas varoniles, poniéndose una larga barba frente al espejo.

—¿Qué es lo que haces, abuelo?

—Me he cansado ya de hacer de mujer. No aguanto un pescozón más de nadie. Lo arreglé todo despidiéndome del *sheriff*. Le dije que regresaba al Este.

—¿Y qué se te ha ocurrido ahora?

—Me haré pasar por un profeta. En esta tierra son frecuentes. A partir de ahora me llamaré Jacobo.

—No está mal. Suena bien. El profeta Jacobo. Pero tendrás que soltar un discurso de vez en cuando.

—Eso también me será fácil. Casi todos dicen lo mismo. —Abrió los brazos en una actitud majestuosa—: «¡Bolas de fuego caerán sobre esta ciudad!»

—Te vas a quitar esa barba.

—¿Es que se te ha ocurrido otra cosa mejor?

—Sí, mucho mejor.

—¿El qué?

—Volverás a ser Joe Ames.

—¿Cómo?

—No te pondrás ningún disfraz. Serás tú mismo.

—Pero, Donald... ¿Estás bien de la cabeza?

—Perfectamente.

—Me niego a creerlo. Creo que te lo conté bien claramente.

—Sí, que hay un tipo con ojos de loco que anda en tu busca.

—Exactamente.

—Lo que quiero es que te atrape. Que dé la cara. Y lograremos eso cuando él te pueda ver sin ninguna clase de disfraz.

—¡Pero, Donald...! ¡Eso significará mi muerte...! ¡Mi desaparición del mundo de los vivos...! No necesitaré esperar a que llegue ninguna bola de fuego. Ese endiablado fulano me echará el ojo encima y empezará a apretar el gatillo, dejándome para criar gusanos... Lo mismo que hizo con mis tres socios.

—Yo estaré a tu lado para cuando ese momento llegue.

—Oye, Donald, tú eres un tipo estupendo con el revólver, pero ese loco es algo fuera de serie.

—Cálmate, abuelo.

—No puedo calmarme... ¡Se trata de mi pellejo!

—Oye, Joe, ¿es que te vas a pasar toda la vida así? ¿Crees que vas a adelantar algo con ser un día una señora, al otro un profeta y al día siguiente un vendedor de frascos contra la calvicie? Al final morirás de un colapso... Vives con el miedo metido en los huesos y eso es lo peor que le puede ocurrir a un hombre. Vine para ayudarte. Y no lo podré hacer si no me das una oportunidad para ello.

Joe había quedado con la boca abierta y cuando las palabras de Donald se abrieron paso en su mente, diose cuenta de que el joven tenía razón.

—Sí, Donald. Haré lo que tú digas. Llevo muchas noches sin pegar un ojo y, si ya no me ha dado el colapso, ha sido debido a tu presencia.

—¿Me vas a obedecer en todo?

—Cuenta conmigo.

—Empieza por quitarte esas barbas.

Joe dio un tirón de la pilosidad postiza y lo mismo hizo con las patillas que también se había adherido a las suyas naturales, de por sí cortas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Nos dejaremos caer por los *saloons* para que todo el mundo te pueda ver.

Joe soltó un gemido.

—¿Crees que podrás evitarlo, Donald?

—Ya te lo he dicho. En todo momento estaré listo para defenderte.

—Dios te oiga.

Los dos amigos abandonaron el hotel y poco después se introducían en el *saloon* que primero encontraron en su camino.

Ya junto al mostrador, Joe escondió la cabeza entre los hombros e instintivamente se escondió detrás de Donald.

Craig lo tomó por un brazo.

—No hagas eso, chico. Levanta la cabeza, mira a todo el mundo y muéstrate tranquilo.

—Eso va a resultar un poco difícil —dijo Joe, pero siguió los consejos de Donald.

Tras permanecer un rato allí, fueron a otro *saloon* y luego a un tercero. Para ese entonces, Joe había bebido ya unos cuantos vasos de whisky y se había animado.

—¿Quién dijo miedo? —palmeó la espalda de Donald—. ¡Maldita sea ..! Me gustaría encontrarme con ese tipo.

—Magnífico, Joe.

—¿Sabes lo que le haría?

—¿El qué?

—Lo miraría así, profundamente. ¿Te lo he dicho alguna vez,

Donald? Tengo mirada de sugestionador. Me lo dijo una mujer que encontré en un *saloon* de Abilene. Era una gran tipa. Lástima que me dejase sin blanca mientras dormía... Como te iba diciendo, si me encontrase a ese «leocadio» me enfrentaría con él y, de pronto, cuando menos lo esperase, sacaría el revólver.

Joe desenfundó el «Colt», como si efectivamente se encontrase ante su enemigo.

En ese momento, oyó una voz de hombre a quien, sin querer, había apuntado:

—¿Qué es lo que va a hacer, abuelo?

Joe parpadeó viendo al tipo que tenía delante, un hombre de cabello rojizo y cara pecosa.

—Nada. Sólo le estaba explicando a mi amigo cierta aventurilla mía.

—No me gusta que nadie me apunte con el revólver, viejo reumático.

—¿Qué es lo que dice?

—Ya lo ha oído. Le voy a echar las muelas abajo.

—No está hablando en serio. Yo no le he hecho ningún daño con apuntarle con el revólver.

Donald intervino en aquel momento mirando al pelirrojo.

—Oiga, amigo. El abuelo, como él mismo le ha dicho, no tenía ninguna intención de disparar contra usted.

El pelirrojo sonrió, enseñando unos dientes manchados de nicotina.

—De modo que son dos los graciosos.

Donald observó atentamente la pequeña cabeza de aquel pelirrojo. Su frente era estrecha y sus ojos estaban muy juntos.

—Oiga, compadre. No busque pelea.

Los parroquianos que estaban por las cercanías habían empezado a alejarse de aquel lugar, porque del diálogo que escuchaban no esperaban nada bueno.

Joe porfió:

—Oiga, zanahoria. No se lo tome así.

Algunos hombres soltaron carcajadas, pero al instante acallaron sus risas cuando el pelirrojo les dirigió una mirada de través. Luego éste miró al viejo.

—Me lo voy a cargar, cabeza de bacalao.

Fue Donald quien replicó:
—Usted no se va a cargar a nadie, míster.
—¿Quién lo dice?
—Yo.
—Justamente usted va a hacer el viaje con el abuelo. Sí, señor. Cogiditos de la mano para que ninguno de los dos se pierda.
Donald empujó a su amigo hacia una de las mesas.
—Vete allí, Joe, y tómate un whisky.
—Oye, yo…
—Haz lo que te ordeno. Recuerda que me lo prometiste.
—¡Pero no es el tipo al que yo me refería…!
—Apuesto a que éste y el loco obedecen a un mismo patrón. —Donald no apartaba la mirada de su rival—, ¿Cuál es su nombre?
—Roger Travis. ¿Le dice algo esto?
—Nada.
—Se ve que no lee los diarios. Han hablado mucho de mí los últimos días. ¿Y sabe por qué?
—Ahora empiezo a recordarlo. Hubo un tipo en Abilene que hizo una apuesta a que se comía un caballo crudo… Seguro que es usted.
Travis endureció las facciones.
—No es eso.
—¿O es usted el fulano que degolló a su abuela para robarle tres dólares con cincuenta centavos que tenía en la hucha? También lo trajo el periódico y era un tipo de San Leandro.
—Tampoco dio en el blanco.
—Vaya, no tengo hoy suerte.
—No la tiene desde el momento en que se tropezó conmigo.
Donald sabía perfectamente quién era Roger Travis y también había leído la noticia. Travis había matado a cuatro hombres en Texas, y de eso hacía muy poco tiempo. Según los diarios, era un tipo que manejaba la zurda con una velocidad realmente asombrosa. Sin embargo, Roger llevaba dos pistoleras, una a cada lado.
Ahora el pelirrojo hizo una mueca.
—Me he cansado bastante, muchacho, y ahora quiero divertirme un poco.
—¿De qué forma?
—Le voy a meter una bala por la boca.
—Cuando quiera, Travis.

—Echémosle un poco de emoción para que los clientes del local pasen un buen rato.

—¿Qué se le ocurre?

Travis sacó una cajita del bolsillo superior de la camisa.

—¿Qué es eso? —preguntó Donald.

—Rapé. ¿Ha oído hablar de él?

—Sí, algunas personas lo usan.

—Le voy a entregar la caja a un tipo y él aspirará el rapé. Al primer estornudo, podremos desenfundar. ¿Le parece bien?

—Corriente, Travis.

Roger desparramó la mirada a su alrededor hasta que la fijó en un viejo cuya barba le llegaba casi por la rodilla.

—Tú has resultado premiado, chico —dijo, y le arrojó la caja de rapé.

El viejo atrapó la caja en el aire y se puso a tartamudear.

—Oiga, no me gustaría tener sobre mi conciencia la muerte de un hombre.

—No rechiste o le hago un agujero en el ombligo.

Haga lo que le digo. Abra la cajita y arrímesela a la nariz. Luego aspire hondo. ¿Está claro?

El viejo no tuvo más remedio que asentir porque no le interesaba nada que le abriesen un agujero en el vientre.

Abrió la caja y en lugar de aspirar el contenido, tomó un poco de polvo y se lo llevó a la berenjena que tenía como apéndice nasal. Respiró con fruición y de pronto se puso a hacer extrañas muecas.

Los hombres que se enfrentaban y los clientes del local esperaron el estornudo, pero tras no pocos esfuerzos, el viejo fracasó.

—Eh, oiga, este rapé es muy malo —dijo.

—Maldita sea… —exclamó Travis—. Inténtelo otra vez o le haré tragar toda la ración. Pero déjese de tomar el polvo con los dedos… Póngase la caja debajo de la nariz.

—Sí, señor, ahora mismo —repuso el chivo acometido por un tembleque.

Llevó la caja a la nariz y respiró hondo. Instantáneamente pegó un estornudo cuya onda despojó de los sombreros a tres hombres que había a seis yardas. Pero cuando todavía los sombreros iban por el aire, ya Donald Craig y Roger Travis habían desenfundado.

Un estampido retumbó en el local. Sólo uno.

Todos pudieron ver asombrados cómo un proyectil golpeaba contra las fosas nasales de Travis, quien salió lanzado hacia atrás. Hubiese caído a la primera de no haber sido por el mostrador que encontró a sus espaldas. Allí abrió las fauces mientras el revólver le resbalaba de los dedos.

—Rapé… Quiero rapé…

Ya no raciocinaba y quizá por ello pensó que con el rapé podía curar su mal de plomo. Luego se venció hacia adelante y golpeó la cabeza contra el suelo, quedando inerte.

El viejo que había contribuido con su estornudo a señalar el momento de aquel duelo, soltó un aullido y se desmayó.

Joe se acercó a su amigo, palmeándole la espalda.

—Demonios, chico. Ha sido un buen disparo.

Las hojas de vaivén se abrieron y Donald se volvió rápidamente, con el revólver todavía en la mano. Allá en el umbral se encontraba Paul London.

El rubio socio de Clement Holmes sintió que se le hacían nudos en las tripas al ver muerto, sobre la madera, al hombre encargado de liquidar a Donald.

Luego alzó la cabeza y por un momento su mirada se encontró con la de su rival.

—Enhorabuena, señor Craig —dijo—. Es la segunda demostración que me hace de su habilidad con el revólver.

—Quizá haya una tercera.

—No me gustaría tampoco perdérmela —y seguidamente, dio media vuelta y salió del local.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó Joe.

Donald le explicó quién era y luego agregó:

—Anda, Joe. Vamos.

—¿Adónde?

—Hemos de continuar exhibiéndonos por toda la ciudad. Liquidé a un tipo, pero como tú mismo has dicho, no es el loco.

El *sheriff* Hoffman entró en el *saloon* y quedóse inmóvil.

—Oiga, este tipo muerto se parece mucho a Roger Travis, un fulano que…

—Es Roger Travis —le interrumpió Donald, camino de la puerta.

El joven salió seguido de Joe y el *sheriff* quedó asombrado, rascándose el cogote.

—Que me emplumen si lo entiendo. Este Donald Craig está haciendo una buena limpieza.

CAPITULO XII

Los dos amigos caminaban por la acera. Habían visitado todos los *saloons* de la ciudad, pero no había vuelto a surgir ningún incidente.

—¡Infiernos! —decía ahora el viejo Joe—. Ese tipo loco no ha aparecido por ningún lado.

—Lo siento.

El abuelo dio un respingo.

—¿Cómo que lo sientes? Yo estoy muy contento —para demostrarlo se palmeó el pecho, respirando profundamente—. La vida es hermosa, muchacho. Te lo digo yo.

El sol ya se había ocultado y poco a poco la oscuridad st adueñaba de la tierra.

Donald se detuvo, viendo llegar el carro de Kathy Benson. La joven iba sola en el pescante.

—Oye, Joe —dijo—. Vamos a pegar la hebra con la muchacha.

—No te hago falta para eso. Te esperaré en la habitación del hotel.

—No quiero dejarte solo.

—Tengo un presentimiento, muchacho. El fulano al que han ordenado me cace se ha esfumado. No hay por qué preocuparse y esto de ir de un lado a otro me ha cansado. Echaré un sueñecito —hizo una pausa y sacó del bolsillo del chaleco una llave—. Pero no te preocupes. Me encerraré bien y no abriré a nadie.

—Preferiría que te quedases.

Joe le palmeó la espalda.

—Anda, muchacho. Esa joven te gusta un rato, ¿no es así?

—Confieso que has acertado.

—Entonces, duro con ella.

—No le dedicaré más de quince minutos.

—Suerte, chico —dijo Joe y siguió su camino hacia el hotel.

Kathy había detenido el caro junto al almacén de James Norton y se disponía a saltar del pescante cuando Donald levantó los brazos. Ella se detuvo, mirándole a la cara.

—¿Qué es lo que pretende?

—Sólo ayudarla a que desciende

Kathy titubeó un instante y por último dejó que él la tomase por la cintura.

Mientras iba por el aire, los férreos brazos de Donald la atrajeron peligrosamente hacia sí. De esa forma, cuando ella quedó en el suelo, ambos estaban ya muy juntos, casi respirando el mismo aire.

—Kathy…

—Diga, señor Craig.

—Quiero hacerte una pregunta. ¿Significa Paul London algo para usted?

—Ya le dije que era un amigo, pero, ¿qué le importa a usted eso?

—Puede que mucho.

De pronto ella se soltó de las manos de él y retrocedió un paso.

—Por un momento ha logrado embaucarme.

—¿Qué quiere decir?

—Usted es un *gun-man.* No hace más que matar a la gente.

—No los mato por capricho. Cuando disparo contra un ser humano, es porque no tengo más remedio.

—Son las excusas de siempre…

—No, Kathy. No lo digo para disculparme. Usted…

—¿Yo…?

—Está empezando a significar algo para mí, Kathy.

—No diga tonterías… Usted, señor Craig, sólo está aquí de paso. Dentro de unas horas o de unos días, cuando resuelva su negocio, se marchará y yo sé lo que ocurrirá luego. En cualquier otro pueblo, en cualquier otro sitio, encontrará una mujer a la que dirá estas mismas cosas.

—Lo de usted es distinto, Kathy… Lo es tanto que estaría dispuesto a anclar mi vida en Pacific City.

—¿Haría eso por mí?

—Por nadie más.

De pronto oyeron una voz:

—Celebro encontrarle, Kathy.

Era Paul London, quien después de mirar a la joven, puso los ojos en la cara de Donald.

—Va usted muy de prisa, señor Craig.

—Me gustan las cosas rápidas.

—A veces, la velocidad puede perder a un hombre. A mí, por el contrario, me gusta la calma. Soy partidario de establecer un plan con respecto a cada asunto.

—Ya le comprendo. Todo para usted es una simple fórmula matemática. Dos mas dos.

—Sí, Craig. Todo se reduce a una simple operación. Donald sonrió.

—Y apuesto a que la mayoría de las veces usted conoce de antemano el resultado.

—Digamos que casi siempre.

—Creo que se equivoca, señor London. ¿No sabe que hay algo que se llama corazón? Otros lo llaman alma y aún tiene otro nombre: espíritu.

—Zarandajas.

—No debería decir eso, London. Corre el peligro de que lo tachen de un hombre sin conciencia.

—Yo me río del que me lo diga.

—¡Paul! —exclamó Kathy—. ¿Cómo puede hablar así?

Los ojos de London se desviaron hacia la joven.

—Pequeña, este hombre está introduciendo absurdas ideas en tu cabeza —sonrió cínicamente—. Desde muy joven aprendí una cosa. Que en este mundo sólo cuenta el dinero… Con la plata se puede comprar todo eso de que él habla. Almas, conciencias, espíritus…

—No, señor London —repuso Donald—. El mundo no es un mercado en donde se puede comprar a los hombres.

—Todos tienen un precio. Hasta usted lo tiene.

Donald negó con la cabeza.

—La vida le enseñará muchas cosas que todavía no ha aprendido, señor London.

—Usted también tiene que aprender unas cuantas.

—¿Por ejemplo?

—La primera de ellas es que va a dejar en paz a esta mujer.

Kathy saltó.

—¿Qué es lo que estás diciendo, Paul? No te consiento que hables así.

Paul se dio cuenta de que había dado un resbalón. El fracaso de Roger Travis le había alterado los nervios.

Y ahora, sin darse cuenta, se había metido en la boca del lobo.

Toda la paciencia de que había hecho gala durante un año entero para llegar hasta Kathy, no servía de nada.

Donald dijo:

—Ya la ha oído a ella, London. Parece que está un poco desacertado en la elección del tema.

Paul lanzó un puño contra la cara de Craig, pero éste lo vio llegar a tiempo y desvió su cabeza.

London estrelló su mano contra una de las ruedas del coche y lanzó un grito de dolor.

—Tenga cuidado, London —dijo Craig—. Se va a hacer daño.

Por toda respuesta, Paul lanzó el otro puño.

Nuevamente Donald cambió de sitio. En esta ocasión el brazo de Paul rasgó el aire sin golpear en ninguna parte. Pero fue bastante para que perdiese el equilibrio y se desplomase en la calle cuan largo era.

Se revolvió en el suelo sacando el revólver, pero no llegó a apuntar a Donald porque éste había desenfundado un segundo antes.

Kathy gritó:

—¡No dispare, Craig!

—No lo iba a hacer —repuso Donald—. Levántese, London.

Paul se puso en pie, frotándose el puño, mientras devolvía el revólver a la funda. Sus ojos despedían llamas de furia.

—Esto lo va a pagar.

—Yo le voy a hacer una advertencia, London. No se vuelva a cruzar en mi camino. La próxima vez que intente hacer algo contra mí, no seré tan benévolo.

London, vencido y humillado, dio media vuelta rápidamente y caminó hacia donde estaba su caballo.

Poco después abandonaba el pueblo galopando como un diablo.

Kathy dijo:

—Tengo la impresión de que London va a ser un mal enemigo para usted.

—Será peor para él.

—Lo mejor será que me aparte de los dos.

—¿Qué es lo que dice?

—Yo he sido algo así como la manzana de la discordia. Han discutido por culpa mía. Le dije antes que Paul no significaba nada especial para mí, sólo era un amigo, pero ahora debo decirle que él

había pensado en mí para casarse.

—No hacía falta que lo aclarase, Kathy. Lo supe desde el momento en que los vi a ustedes juntos, allá en la granja.

—Paul es socio de Clement Holmes, y los dos poseen en explotación el rancho La Estrella. Tienen un buen equipo de vaqueros.

—Usted quiere darme a entender que tendría que vérmelas con mucha gente.

La joven bajó los ojos, mirándose la punta de los zapatos.

—Sí, Donald.

—No tiene que preocuparse por mí. Sé defenderme.

Ella lo miró otra vez a la cara.

—No me gustaría que le pasase a usted nada.

Donald sonrió.

—Es lo mejor que me podía decir.

—Oh, no debe sacar consecuencias absurdas de ello.

—¿Qué consecuencias podrían ser?

—No lo sé... Que usted me gustaba a mí.

—Eso sería completamente inverosímil —dijo él.

—Por supuesto que lo sería.

Donald se acercó a ella, la tomó por la barbilla y antes de que Kathy se diese cuenta de lo que él iba a hacer, la besó en los labios. Lo hizo muy suavemente, sin abrazarla.

Kathy quedó parpadeando, en un gesto de asombro.

De pronto una mujer gritó:

—¿Qué le parece eso, señor alcalde? ¡Besándose en plena calle! No sé dónde vamos a ir a parar. ¡Y estamos en 1877! ¡Me asusta pensar lo que harán los jóvenes dentro de veinte años!

—Lo de siempre, Gertrudis, lo de siempre... —contestó el alcalde, que era un tipo con sentido común.

Kathy, al oír aquello, salió de su habitación, dio media vuelta y desapareció a todo correr en el almacén de James Norton.

CAPITULO XIII

Joe Ames se encontraba tendido en la cama, a punto de dormirse, cuando oyó una suave llamada a la puerta.

—¿Eres tú, Donald?

—No, señor Ames. Soy un empleado del hotel. Le traigo un recado urgente de su amigo Donald Craig.

—¿Craig? ¿Qué ha pasado?

—Nada de importancia. Sólo se partió una pierna, pero quiere que esté a su lado.

—¡Pobre Donald...! —exclamó Joe, saltando de la cama. Sacó la llave del bolsillo precipitadamente y corrió a la puerta, la cual abrió en un suspiro.

Pero al instante quedó inmóvil donde estaba, sobrecogido, mirando al hombre que estaba en el corredor. Era un tipo alto, de cara redonda y ojos dilatados que parecían de un loco.

—Usted..., ¿usted es el recadero? —gimió Joe.

Bart Kendall enseñó sus dientes en una sonrisa que lo asemejó a una calavera.

—Sí, abuelo. Yo soy el recadero.

—¿Y dice usted que a Donald le han abierto la cabeza?

—Dije la pierna.

—Entonces, con su permiso, iré a ver lo que le pasa. Buena suerte.

—Vaya, amigo, y demuestre cuánto afecto siente usted por él.

—Caramba, señor loco, es usted casi un ser humano.

Joe pegó un salto y echó a correr por el pasillo, hacia la escalera.

Torció a la derecha y de pronto se detuvo al ver que delante de él estaba el mismo hombre que acababa de dejar frente a la puerta de su habitación. Vio la misma cara redonda, los mismos ojos dilatados y aquella sonrisa de esqueleto viviente.

—¿Adónde va, abuelo?

—¿Usted es el recadero?

—Yo soy el que soy.

—Y yo un primo hermano de mi padre... ¿Me deja usted pasar...? Tengo mucha prisa...

—¿Adónde quiere ir?

—Me avisaron hace un momento que mi fosa está lista y voy a

meterme en ella sin ayuda de nadie… Se lo juro, señor loco… Esta mañana me tomaron medidas del ataúd…

—Muy bien, compañero, ande y vaya al sitio donde estará más tranquilo.

—Gracias, muchas gracias. No sabe usted el peso que me quita de encima.

Joe pegó otro salto y siguió avanzando por el corredor.

Bajó un peldaño, tres, cuatro y de pronto tropezó con alguien el primer descanso.

—Perdone —dijo, y fue a pasar por el lado del individuo, pero entonces una mano lo tomó del brazo interrumpiendo su carrera.

Alzó los ojos y creyó que se moría al ver que era el mismo tipo que por dos veces había visto al salir de la habitación.

—Oiga —dijo—. A usted lo tengo repetido.

—¿De veras? —dijo Milt Kendall.

Joe tomó la mano del pistolero.

—Mi nombre es Ames, doctor Ames. Usted debe encontrarse muy mal para estar en tres sitios diferentes... Sí, señor, tiene el pulso demasiado rápido. A lo mejor es un caballo. ¿Sabe lo que le digo? Váyase a la cama, bébase un litro de petróleo y mañana pasaré a verle.

Joe dio un tirón para desasirse de la mano que lo aprisionaba, pero Milt Kendall no abrió los dedos y lo siguió agarrando.

—Por lo que más quiera, señor loco, déjeme marchar Soy un pobre viejo que chochea... Míreme... Tengo setenta años y no puedo siquiera masticar. ¿Le haría usted daño a un pobre anciano como yo?

—Vamos, suba arriba. Le he traído algo que le va a gustar.

—¿De veras? —sonrió Joe—. ¿Qué es?

—A ver si lo acierta. Es algo que tiene curvas y que posee una mirada de fuego.

—¡Una mujer!

—Frío...

—No lo sé, señor loco. Dígamelo usted.

—Un revólver.

Joe se estremeció de pies a cabeza, pero trató de disimularlo.

—¿Una pistolita para mí?

—Sí, señor. Para, usted va a ser. Ande, suba conmigo.

—Lo siento, otro día será. Ahora tengo mucha prisa, ¿sabe?

—Vamos, suba y déjese de cuentos. ¿Es así cómo va a agradecer mi regalo?

Milt Kendall empujó a Joe hacia arriba, pero de pronto el abuelo se dejó caer en el suelo y se puso a dar vueltas rodando como una pelota por la escalera. Al llegar abajo, pegó un salto y, enderezándose, salió disparado hacia la puerta pero en su camino tropezó con un cuerpo y una mano lo sujetó férreamente. Alzó la cara, gritando:

—¡No, señor loco! ¡No me mates! —pero se interrumpió al ver que ante sí tenía a su amigo Donald Craig.

—¡Donald! ¿Eres tú?

—¿Qué te pasa, Joe?

El viejo le tocó la cara con sus temblorosas manos.

—Sí, es verdad, eres tú. No eres una calavera. A ti no te tengo

repetido. Tú eres sólo un hombre, pero no eres tres personas.

—¿Quieres serenarte de una vez, Joe?

—¡Lo he visto, lo he visto!

—¿Al loco?

—Sí. Y está en todas partes. Es posible que lo tengas a la espalda. ¡Te lo juro!

—Cálmate, abuelo.

—¿Es que no me crees?

En el vestíbulo estaba sólo el encargado en el registro.

—Eh, chico, ¿has visto subir a alguien? —le preguntó.

El interpelado, un joven de unos veintitrés años, enarcó las cejas.

—No, señor. Primero entró el señor Ames y ahora usted. Son los únicos que se han llegado al hotel en la última media hora.

—¿Lo oyes, Joe? No hay nadie a excepción de nosotros. Seguro que has visto visiones.

—¡No, Donald! ¡Ese tipo era de carne y hueso como tú, y estaba en tres sitios diferentes!

—Ahí lo tienes. ¿Cómo va a estar en tres sitios diferentes? Anda, subiremos arriba para echar un vistazo.

Joe pegó un brinco.

—¡No...! ¡Por nada del mundo subiría otra vez esa escalera!

—¡Vamos, Joe! ¡Tienes que venir conmigo! Quiero saber de una vez qué pasa con ese loco.

—¡No, Donald...! ¡Por lo que más quieras...! ¡Déjame aquí!

—Echa a andar. Yo iré a tu lado y ya verás cómo no pasa nada.

Finalmente, Joe, tras muchas protestas, dio su conformidad a subir por la escalera, pero apenas pisó el primer peldaño, todo su cuerpo se empezó a estremecer como un flan recién salido del horno.

—¡Donald, ese tipo va a aparecer de un momento a otro!

—No se oye ningún ruido en el corredor.

—Debe estar escondido en alguna parte... Seguro que es eso.

—Vamos, hombre. Ten un poco de ánimo. Recuerda lo que me dijiste respecto a sugestionarlo con una mirada.

—En aquel momento no sabía lo que me decía.

Empezaron a subir la escalera. Al llegar al último tramo, Joe se resistía mucho a continuar el camino y Donald viose obligado a empujarle por la espalda.

Arriba, en el corredor, no había nadie.

—¿Ves tú, Joe? Seguro que has libado un poco más de la cuenta y es lo que te ha hecho ver al loco.

—Ojalá fuese eso —repuso el abuelo con voz lúgubre.

Doblaron por la curva y tuvieron ante sí el último trozo del pasillo, que era el más largo y a cuyos lados estaban las habitaciones.

—Tampoco se ve un solo hombre —anunció Donald.

Joe dio un suspiro.

—Caramba, ¿y si fuese eso que has dicho, que he visto fantasmas?

De repente, una puerta se abrió y Bart Kendall salió fuera.

Joe pegó un brinco.

—¡Ahí lo tienes, Donald! —fue a parar detrás de sus compañeros donde permaneció escondido tras las anchas espaldas.

Donald fijó la mirada en el rostro de aquel hombre de ojos que miraban con un brillo extraño.

—De modo que Joe no había soñado.

—No. El viejo no ha soñado. Yo estoy vivo.

—¿Qué es lo que quiere, míster?

—Le voy a dar una receta de plomo a ese abuelo.

—Eso no está bien, compañero. No se puede ir por el mundo distribuyendo recetas de plomo sin más ni más.

—Me las arreglo bien en mi trabajo porque me puedo descomponer en tres personas.

—Usted está como una regadera, compadre. Nadie se puede descomponer en tres personas.

—Yo, sí, compadre…

—Me gustaría que me hiciese una demostración.

—¿De veras lo quiere ver?

—Sí, señor. Me gustaría mucho.

—Muy bien, muchacho. Atención. Vamos a proceder a la representación del número en su obsequio.

Abrióse la puerta de enfrente y en el hueco apareció Nat Kendall.

Joe, que había asomado la cabeza por un brazo de Donald, lanzó otro grito.

—¡Míralo, Donald! ¡Son dos personas! ¡Se ha descompuesto en dos personas!

Nat Kendall sonrió.

—¿Qué le parece la demostración, jovenzuelo?

—Usted habló de tres personas y yo sólo veo dos.

—Está bien, compañero. Vamos a rematar el número.

Abrióse otra puerta de más allá y Milt Kendall se dejó ver.

Joe hizo castañear los dientes.

—¡Que me purguen con aceite de ricino…! ¿Ves tú lo mismo que yo, Donald? Son tres personas como él ha dicho… Iguales. ¡No hay ninguna diferencia entre ellas!

Nat Kendall sacudió la cabeza.

—¿Están conformes ahora? Ya advertí que me podía descomponer en tres personas distintas.

Donald hizo un gesto negativo.

—No, compañero. A mí no me la pega.

—¿Qué dice?

—Usted no se ha descompuesto en nada. Lo único que pasa es que ustedes son trillizos, aunque debo confesar que cada uno es igual a otro como gotas de agua. Se les ha ocurrido una bonita idea con eso de ir asustando a la gente por ahí, haciéndoles creer en fantasmas.

Milt Kendall habló:

—Caramba, Bart. Al fin hemos encontrado a un tipo listo.

—Sí —sonrió Bart—. Es muy inteligente, pero eso de nada le va a servir porque se va a largar ahora mismo al otro mundo.

Joe gimió.

—Ya te lo advertí, Donald. No debimos subir.

Donald apoyó un hombro en la pared. De esa forma pudo vigilar mejor el lado en que se encontraban dos de los hermanos.

—¿Qué interés tienen ustedes en esto?

—No haga preguntas tontas —dijo Bart— y preocúpese de rezar una oración por su alma. Ustedes están sentenciados y nosotros vamos a ejecutar la última pena… ¡Vamos a tirar, compañeros!

CAPITULO XIV

Donald empujó a Joe hacia el fondo del corredor. Luego arrojóse contra la pared del otro lado, mientras desenfundaba el revólver.

Los trillizos Kendall estaban tirando ya de las culatas.

El corredor del hotel se convirtió en un infierno.

Donald no permaneció en el mismo sitio, sino que rodó de una pared a otra rebotando como una pelota y, mientras tanto, su revólver escupía fuego y plomo.

Bart Kendall recibió un impacto en el corazón y murió instantáneamente.

Milt Kendall se quedó sin la mitad de su cara y le puso tan triste tal suceso que decidió morirse.

En cuanto al último de los trillizos, Nat logró enviar dos plomos contra Donald, pero como el joven se movía tanto, ninguno de ellos llegó a su destino.

Por el contrario, Donald le soltó un abejorro de plomo y el insecto mordisqueó en el apéndice nasal de Nat y luego, no contento con tal destrozo, profundizó hasta el cerebro.

Los trillizos Kendall quedaron en el corredor inmóviles, irremisiblemente muertos.

Donald se puso en pie trabajosamente.

Joe, a su espalda, se tomaba la cabeza con las manos, los ojos cerrados, mientras murmuraba:

—¡No me matéis...! ¡Dejadme vivo! ¡Bolas de fuego caerán sobre esta ciudad del pecado! ¡Yo no soy Joe Ames, sino el profeta Jacobo!

—Vamos, abuelo —dijo Craig—. Ya acabó todo.

Joe interrumpió su lloriqueo y alzó los ojos contemplando los tres cadáveres que había en el pasillo.

—¡Donald!

El joven estaba reponiendo el plomo de su revólver.

—Hubo un poco de suerte, Joe.

—¿Llamas a eso suerte? Infiernos, ya sabía yo que tú te desembarazarías de ellos. —Joe fue hacia él y lo abrazó con entusiasmo—. ¡Donald...! ¡Serás mi socio en lo del aluminio! ¡No te

lo quise decir antes porque creí que nunca llegaríamos a explotar esa tierra!

—¿Crees que está todo arreglado, abuelo?

—¿No lo está?

—No, Joe. Debes tener en cuenta que estos tres hombres, así como los demás con los que nos hemos enfrentado hasta ahora, estaban pagados por alguien que desea para sí esa tierra que vale tantos millones.

—¿Pero quién, Donald?

—No puedo estar seguro, pero yo apostaría por Clement Holmes y Paul London. Son dos tipos poco escrupulosos. Para hacer una cosa como ésta, dan la medida.

—¿Y qué va a pasar ahora? Si no te equivocas, ellos nos seguirán mandando pistoleros.

—No, Joe. No vamos a dejar que nos sigan enviando a sus verdugos.

—¿Qué se te ocurre?

—Atacaremos nosotros.

—¡Bravo! —exclamó Joe, pero de pronto se interrumpió—. ¿Cómo vamos a atacarles si somos solamente dos?

En aquel instante se oyeron pasos precipitados por la escalera.

Donald giró con el revólver en la mano y vio aparecer al *sheriff,* seguido de uno de sus ayudantes.

Los dos representantes de la ley se detuvieron a mitad del camino mirando con asombro los tres cuerpos sin vida que ensuciaban el suelo.

—¡Maldita sea…! —exclamó Hoffman—. ¿Qué es lo que se ha propuesto, Donald? ¿Acaso que no quedemos uno ni para contarlo?

—No se ponga nervioso, *sheriff.*

—¡No me pongo nervioso! —chilló con todas sus fuerzas Hoffman.

—Los trillizos querían acabar con Joe y de paso también querían meterme en el hoyo.

—¿Por qué? —preguntó el *sheriff*—. ¡Estoy ya harto de ver cadáveres, Donald! Admito que dispara contra pistoleros profesionales, pero usted también lo es, Craig.

—Hay una gran diferencia entre ellos y yo, *sheriff.*

—¿En qué consiste esa diferencia? Me gustaría saberlo.

—Lucho por una causa justa.

—Sólo falta que me diga qué causa es ésa.

—Anda, Cuéntaselo tú, Joe —dijo Craig.

El abuelo carraspeó fuertemente y luego contó su historia y el descubrimiento de aquella tierra rica en aluminio y también contó lo que les había pasado a sus socios.

Hoffman y el ayudante escucharon atentamente y por último, el primero dijo:

—Supongo que no me estarán engañando.

—¿Qué íbamos a adelantar con eso? —intervino Donald.

—Está bien, Craig —dijo el *sheriff*—. ¿Quién es la persona que ha organizado la confabulación contra ustedes?

—Tengo un par de candidatos, pero no sería justo que yo les acusase sin tener pruebas.

—¿Y cómo los va a conseguir?

—Eso va a ser cuenta mía, *sheriff*.

Hoffman meneó la cabeza.

—Me da en la nariz que estos tres cadáveres no van a ser los últimos.

Donald no contestó a estas palabras del *sheriff*. Hizo una señal a Joe y los dos amigos se retiraron del corredor.

Poco después salían a la calle.

Había mucha gente junto a la puerta del hotel, pero Donald sólo tuvo ojos para Kathy. El rostro de la joven estaba muy pálido, pero ahora, al ver a Donald, sus labios iniciaron una sonrisa y corrió a su lado.

—¡Donald...!

—Dime, Kathy...

—Creí que te habían matado... Nunca pensé que me pudiese interesar tanto un hombre,.. Ahora lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que yo también te quiero.

Ambos se estrecharon sin importarles la presencia del grupo de curiosos y sus bocas se juntaron en un apasionado beso.

* * *

Paul London entró en la habitación donde se encontraba Clement Holmes en compañía de Blanche Mioni.

Holmes observó la cara de su socio con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te pasa, Paul? Se diría que acabas de ver a un muerto.

—Espero que así sea.

—No te comprendo.

—Quiero decir que el hombre con quien he hablado estará muerto muy pronto.

Clement sonrió.

—Me imagino que te refieres a Donald Craig.

—El mismo.

—De modo que mis sospechas eran ciertas. El está por la muchacha y la muchacha por él.

London hizo un gesto de rabia.

—No te rías, Clement.

—No me río de ti, sino de la situación.

London dio unos pasos por la estancia, golpeando con el puño cerrado en la palma de la otra mano.

—Ese miserable de Craig me desarmó delante de Kathy, ¿te das cuenta, Clement? Me puso en ridículo delante de la joven que ha de ser mi mujer.

—Te tengo reservada una sorpresa, Paul.

—¿De qué se trata?

—Yo también me enteré del fracaso de Roger Travis y me llegué a hablar con Bart Kendall. Le dije que, de paso que se cargaba al abuelo, ultimase también a Donald Craig.

—Eso está bien, compañero.

—Naturalmente, esos mil dólares extra los vas a pagar tú.

—¿Cómo?

—Yo no tengo nada que ver con lo de Donald. Es asunto personal tuyo, Paul, y no es justo que yo pague un dólar por algo en lo que no tengo ningún interés.

—Está bien —repuso Paul tras un titubeo—. Yo seré quien pague los mil dólares. Después de todo, creo que es un precio barato, teniendo en cuenta la clase de elemento que es Donald. Jamás he visto a nadie con su habilidad para manejar el revólver.

—Bueno, ahora no has de preocuparte. Bart Kendall se ocupará de él. Hasta es posible que en este momento Donald Craig haya

dejado de existir.

En este instante, llamaron otra vez a la puerta.

Holmes autorizó la entrada y el capataz George Smith entró en la estancia.

—¿Qué pasa, George?

—Es lo más extraño que ha ocurrido en Pacific City desde que llegué.

—¿A qué te refieres?

—Bart Kendall no es una persona, sino tres.

Blanche, Holmes y Paul London hicieron gestos de sorpresa. Fue Holmes quien habló.

—Oye, George. ¿Cuántos vasos de whisky has tomado?

—Ninguno, jefe.

—Entonces, te has vuelto loco. ¿Cómo va a ser Bart Kendall tres personas?

—No me he explicado bien. Bart tenía dos hermanos y los tres eran trillizos.

Holmes abrió la boca y tras una pausa pegó una dentellada al aire.

—Ahora comprendo esa habilidad que tenía con el revólver… ¡Eran tres personas!

Paul London preguntó, intranquilo:

—¿Qué ha pasado, George?

—Donald Craig se los ha cargado.

—¡No!

—Siento decirlo, pero así ha sido. Donald los emplomó en el hotel en que se hospedaba con el abuelo. Fueron tres buenos balazos porque ninguno de los Kendall tuvo oportunidad de decir una sola palabra. Vi cómo sacaban sus cadáveres del hotel y en seguida me vine para acá.

Paul London hizo rechinar los dientes.

—¿Y Donald Craig?

—Sería mejor que usted no lo supiese, señor London.

—Maldita sea… ¿Qué es lo que quieres decir? ¡Suéltalo de una vez!

—Donald Craig besó a la novia de usted delante de todo el mundo.

London se abalanzó sobre George y lo golpeó en la cara.

El capataz se derrumbó sobre la pared.

Holmes se levantó de un salto.

—¡No debes hacer eso, London!

George sacudió la cabeza, porque había quedado un poco aturdido, y se restañó la sangre que le corría por la comisura de la boca.

—Eso me pasa por decir la verdad. Debí haberme callado. ¿Qué culpa tengo yo si a Donald Craig se le ocurrió poner los ojos en esa muchacha, Kathy Benson?

Paul se fue a lanzar otra vez sobre él, pero Holmes lo interrumpió.

—Ya está bien, Paul. No perdamos la serenidad.

Hubo un silencio y Paul perdió la cabeza, mientras se retorcía las manos.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Clement se pellizcó la barbilla pensativamente.

—Sólo se me ocurre una cosa.

—¿El qué?

—Creo que debemos ir en tromba a la ciudad para acabar con Donald Craig y su amigo Joe Ames. Tenemos un equipo de veinte vaqueros. No menos de doce de ellos darán la conformidad para liquidar a Craig y a Joe Ames.

—¿Qué hay con el *sheriff?*

—No debes preocuparte por eso. Después de todo, Craig es sólo un *gun-man.* Además, cuando nosotros seamos los propietarios de esa tierra y explotemos el aluminio, el *sheriff* tendrá que obedecernos o se le acabará el cargo.

—Creo que tienes razón —asintió Paul.

—¿Qué estamos esperando entonces? ¡Vamos al trabajo!

Blanche se colgó del cuello de Holmes y lo besó en la boca.

—Querido, ten cuidado.

—No te preocupes. Será un trabajo fácil.

—Ese Donald es un muchacho peligroso.

—Dejará de serlo cuando tenga que enfrentarse con treinta revólveres a un tiempo.

La rubia lo besó en los labios.

Holmes la miró a los verdosos ojos y luego dijo:

—Dulzura, tengo una cosa muy importante que decirte.

—¿El qué?

—He decidido casarme contigo.

—¡Holmes! —exclamó la joven y la abrazó nuevamente, besándole en la boca.

London rezongó con la mano en el tirador de la puerta:

—Vamos ya, Clement. Quiero acabar cuanto antes con ese Craig.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y London estuvo a punto de caer en el suelo. En el hueco, se hallaba el joven Donald Craig con una pistola en la diestra.

—¿Hablaban de mí, compañeros?

CAPITULO XV

Instintivamente, Holmes llevó la mano a la tunda, pero la voz de Donald interrumpió su movimiento.

—No haga eso, Holmes, o tendré que ultimarlo sin oírle.

Hubo un silencio en la estancia. London se puso junto a la pared.

—¿Qué significa esto, Craig?

—Significa que ha llegado la hora de rendir cuentas.

—No le entiendo una palabra. ¿O es que pretende ultimarme por el simple hecho de haber detenido mis ojos en Kathy Benson?

—No diga tonterías, London. Yo vengo aquí por otra cosa muy distinta.

—¿Cuál es el motivo?

—Ustedes son responsables de unos cuantos asesinatos.

Hubo otra pausa y Paul London sonrió, mirando a su socio.

—¿Oyes eso, Clement? Craig nos está acusando de ser unos criminales.

Holmes rió también.

—El señor Craig se ha envalentonado demasiado con eso de haber matado a unas cuantas personas en Pacific City. ¿Se da cuenta, Craig, de que es usted el único que puede ser inculpado como asesino?

—He encontrado a tipos cínicos en mi vida, pero ustedes dos son los peores de ellos —repuso Craig—. Debo advertirles una cosa muy importante. Les estuve escuchando por detrás de la puerta.

—¿Cómo? —exclamó London.

—Lo que les digo, amigos. El capataz de ustedes se llegó aquí anunciando cuál había sido el resultado de mi duelo con los trillizos y ustedes decidieron acabar conmigo de una vez, llevándose a la ciudad un buen ejército de matarifes.

Holmes se mojó los labios con la lengua.

—Muy bien, Craig. Usted lo ha oído.

—Celebro que lo confiese. Ahora vendrán conmigo.

—¿Adónde?

—A la ciudad.

—¿Qué tenemos que hacer en la ciudad?

—Los entregaré al *sheriff*.

Paul London movió la mano hacia el revólver, pero Donald, rápidamente, apuntó con el «Colt»» hacia el rubio.

—Oiga, London. Le advierto por última vez. Haga un movimiento para desenfundar y le juro que le doy su ración.

Holmes tosió suavemente.

—No debes hacer eso, London —dijo a su socio—. Después de todo, el señor Craig es un hombre sensato con el que se podrá hablar.

Donald sonrió irónicamente.

—¿Qué es lo que se propone ahora, Holmes?

—Le voy a ofrecer una suma respetable para que nos deje en paz, pero agregaré una condición. Usted debe marcharse solo y con ello quiero decir que ese viejo Joe Ames se quedará en Pacific City.

La cara de Donald se endureció.

—Ya le comprendo a usted, Holmes. Quiere comprarme para que deje a Joe solo. De esa forma, ustedes lo podrían matar y apoderarse de la tierra donde podrán sacar el aluminio que los hará millonarios.

—No andemos con rodeos. Es eso.

—Se equivocó de hombre.

—Le voy a dar cinco mil dólares.

—Oferta rechazada.

—No sea tonto.

—Empiecen a andar hacia la puerta. Nos vamos a la ciudad.

—Ocho mil, Craig.

—¡No! No se canse más, Holmes.

London dijo:

—Muy bien, Craig. Lo haremos nuestro socio. ¿Qué le parece eso? Tendrá una tercera parte de los beneficios.

—Les he dicho que pierden el tiempo. No los dejaría a ustedes en libertad ni aunque me ofreciesen toda su fortuna. Ustedes cometieron unos cuantos delitos y los van a pagar. Eso es lo único que a mí me importa. Den media vuelta y echen a andar si no quieren que los saque de aquí a punta de revólver.

London, Holmes y el capataz, cambiaron una mirada. Finalmente, Holmes dijo:

—Está bien, muchacho, si se empeña iremos con usted, pero le

aseguro una cosa. Está haciendo el ridículo. Nadie podrá probar que nosotros tenemos nada que ver con esos crímenes de que nos acusa.

Donald hizo una señal con el revólver y el capataz se dirigió hacia la puerta, al propio tiempo que Donald se ponía en movimiento. Sólo la rubia estaba en un rincón contemplando la escena.

De pronto, George saltó sobre Donald, golpeándole en la muñeca armada.

Holmes y London soltaron gritos de triunfo, mientras tiraban de los «Colt».

Donald estuvo a punto de perder el arma, pero en un esfuerzo logró conservarla entre los dedos. Tenía encima de él al capataz, quien se disponía a golpearlo otra vez.

Entonces, Craig pegó un rodillazo en el bajo vientre de George, quien empezó a arrodillarse.

Holmes y London ya tenían las armas listas para hacer fuego, pero también Donald estaba preparado y él fue el más rápido de los tres.

Apretó el gatillo una, dos veces.

Su primer proyectil fue para Paul London, a quien alcanzó en la garganta.

El rubio soltó una exclamación y se desplomó, golpeando la cabeza contra el canto de la mesa.

Holmes no supo que se moría. El proyectil a él destinado le entró por el centro de la frente. Murió antes de que pudiese apretar el gatillo. Su cuerpo salió despedido contra la pared, muy cerca de donde estaba la rubia, quien intentó cogerlo en sus brazos, pero el cuerpo sin vida le resbaló de los dedos y cayó en el suelo.

Se oyeron pasos fuera y el *sheriff* Holmes apareció en el hueco con un revólver que utilizó para apuntar al capataz.

—Lo contarás todo, George, ¿o quieres que te deje un rato con Donald Craig?

El capataz, asustado, exclamó:

—¡Lo contaré todo, *sheriff!*

—Buen chico —sonrió Hoffman, y miró a Donald.

El joven dijo:

—Usted se hace cargo de todo, ¿eh, *sheriff?* Yo no puedo esperar. Tengo un poco de prisa.

—¿Prisa para qué?

Donald le guiñó un ojo.

—Me espera alguien en Pacific City.

—Enhorabuena, muchacho. Usted y Joe tendrán su tierra de la que sacarán aluminio. Espero que sea para bien de Pacific City.

—No hablaba ahora de Joe, sino de Kathy Benson. Hasta la vista, *sheriff*.

Y minutos más tarde, Donald Craig galopaba en dirección a Pacific City, donde estaba la mujer con la que iba a iniciar una nueva vida.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain